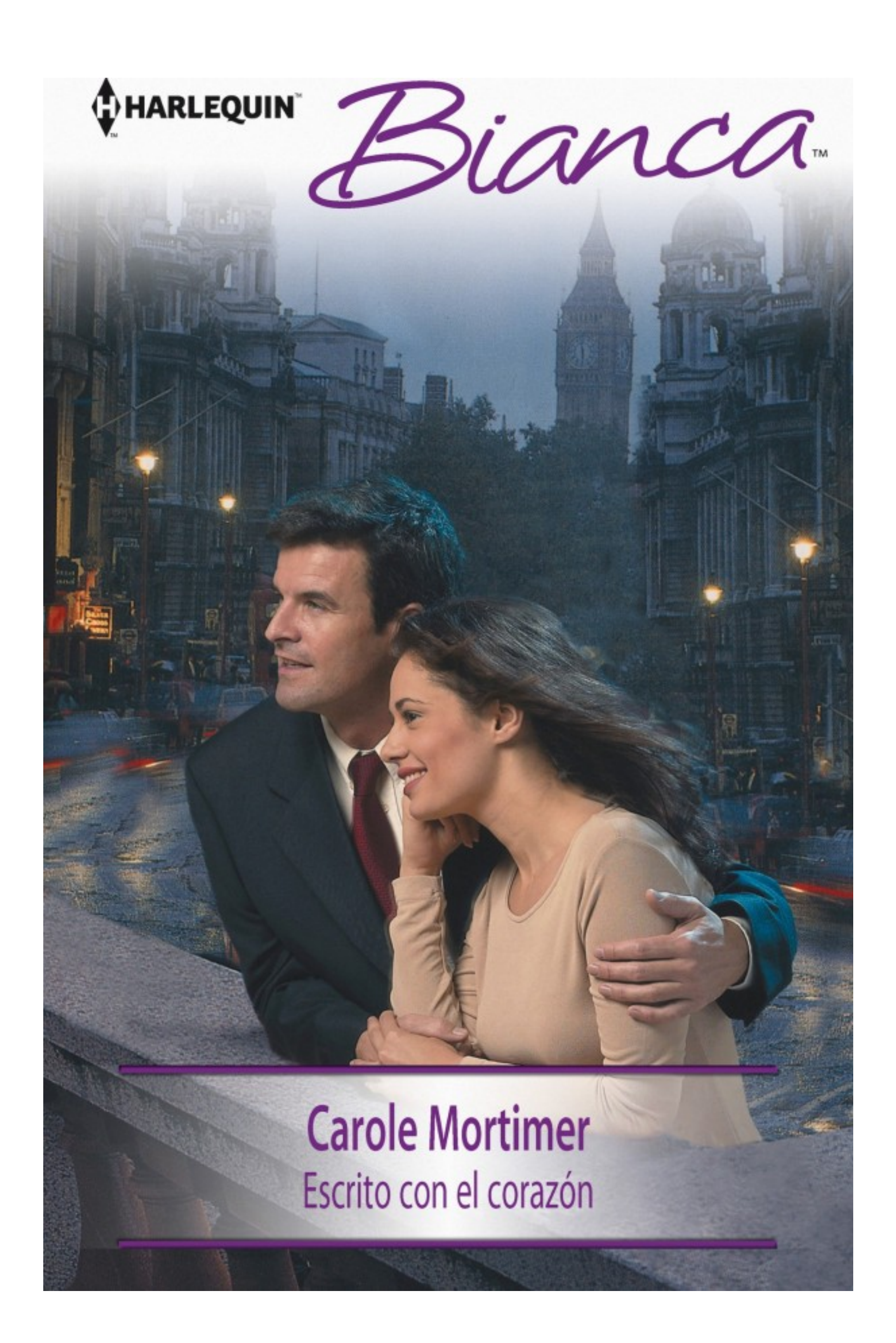

HARLEQUIN
Bianca
Carole Mortimer
Escrito con el corazón

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Escrito con el corazón, n.º 1379 - agosto 2015
Título original: To Marry McCloud
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español 2003

I.S.B.N.: 978-84-687-6850-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

De celebración?

Fergus ni se molestó en levantar la cabeza. Estaba sentado en un rincón de una ruidosa discoteca, mirando fijamente la copa de champán y haciendo caso omiso de la música y de los cientos de personas que había allí hablando, fumando y bebiendo.

Menuda pregunta tan estúpida. ¿Acaso tenía pinta de estar celebrando algo?

–¿Nunca te han dicho que no se debe beber solo?

¡Maldición, no se había ido! ¿No se daba cuenta aquella mujer de que, precisamente, lo que quería era estar solo? «Y así pienso seguir», añadió mentalmente.

–¿Te importa que me siente?

Claro que le importaba… ¡Guau!

Al mirar hacia arriba, se quedó estupefacto.

¡La mujer… la chica más bien… era increíblemente guapa!

Debía de medir metro setenta y cinco y llevaba un vestido negro por encima de la rodilla que realzaba su extraordinaria delgadez y marcaba una cintura tan estrecha que parecía que se iba a romper por la mitad. Tenía una larguísima melena del color del azabache que le caía por la espalda. Su rostro era bellísimo, dominado por unos enormes ojos azules enmarcados por unas espesas y largas pestañas negras.

Bueno, sí, era guapa… ¿Y qué?

También era pesada y atrevida, algo que nunca le había gustado y, menos, en aquellos momentos.

Fergus se apoyó en el respaldo de la butaca y la miró con aire insolente de arriba abajo.

–¿Tienes edad para estar aquí?

La chica se rio dejando al descubierto unos preciosos dientes blancos como la leche.

–Te aseguro que hace tiempo que cumplí la edad legal.

Fergus no recordaba haberle preguntado nada relacionado con eso. ¡Solo quería que se fuera y lo dejara en paz!

–¿Te importa que me siente contigo? –insistió ella señalando el asiento que había frente a él.

¡Sí, le importaba! ¿No se enteraba o qué? ¡Quería que lo dejaran solo, que nadie le hablara! Era obvio que no, no se daba por aludida porque se acababa de sentar.

–Mira…

–Chloe –dijo ella mirándolo fijamente.

–Chloe –suspiró Fergus con impaciencia–. No quiero ser grosero, pero…

–Pues no lo seas.

Fergus volvió a suspirar.

–No he tenido un buen día…

–Puede que tu suerte esté a punto de cambiar –murmuró ella.

¡Fergus no quería que su suerte cambiara!

No había querido ir a aquella boda… era la segunda a la que iba en un mes. Primero, su tía Meg se había casado con el chef Daniel Simon y ese día… ¡mucho peor!… el que se había casado era su primo Logan con Darcy Simon.

Darcy era una chica encantadora y estaban muy enamorados, pero… El problema era que no se había dado cuenta de cuánto le iba a afectar que Logan se casara. Llevaban juntos desde la infancia… Logan, su otro primo Brice y él.

Se habían criado en Escocia, habían ido juntos a Oxford, llevaban solteros catorce años, disfrutando de esa vida. Los llamaban los Tres Incasables. Ya solo quedaban Brice y él. ¡Los Dos Incasables no sonaba igual!

–Gracias, Chloe, pero no creo…

–¿Quieres bailar?

¡Pero si no podía tenerse en pie! Llevaba bebiendo champán desde las tres de la tarde. La celebración de la boda había terminado a las once, pero él había decidido que no quería irse a casa y se había ido a aquella discoteca a seguir bebiendo.

Tomó aire profundamente.

–Lo que quiero, Chloe, es que te…

–¿Tendrán agua mineral?

Fergus la miró fijamente preguntándose si le iba a dejar

terminar una sola frase.

Le sonrió y Fergus pensó que, al fin y al cabo, ella no tenía la culpa de que él estuviera de mal humor.

–Solo un vaso –bromeó Chloe.

Exacto. Solo un vaso de agua porque Fergus no estaba como para aguantar a ninguna mujer aquella noche.

«Bueno, un vaso de agua y se irá», se dijo.

Hizo una señal al camarero, que les llevó el agua. Cuando fue a servir a la chica, le tembló la mano y el líquido se derramó por la mesa. ¡Maldición! ¿Cuánto había bebido?

–Vaya –dijo ella limpiándola con un pañuelo de papel–. ¿Por qué brindamos? –lo animó.

–¿Por los amigos que no están? –aventuró él dando un gran trago.

Sabía que Logan iba a seguir siendo toda la vida su amigo y su primo, pero también sabía que ya nada sería igual ahora que estaba casado.

Los tres primos tenían la misma edad, treinta y cinco, eran como hermanos y siempre se habían ayudado en los malos momentos. Le iba a costar un tiempo asimilar que Darcy era la mejor amiga de Logan.

–Siempre me han dicho que el champán se debe beber despacio para apreciarlo bien –comentó Chloe.

–Es cierto –asintió él–. He intentado advertirte que no soy la mejor compañía.

–Ya lo sé –contestó ella sin inmutarse–. ¿Hay algo que te preocupa? ¿Quieres que hablemos de ello?

¡No con una mujer a la que no conocía y a la que no quería conocer, muchas gracias!

Chloe ladeó la cabeza y lo miró fijamente.

–Eres Fergus McCloud, ¿verdad?

–¿Ah, sí? –dijo él a la defensiva.

¿Por eso había ido a hablar con él tan decidida? Pues estaba perdiendo el tiempo porque no estaba el horno para bollos. ¡Aunque fuera guapa!

–Sí, eres tú. He leído varios libros tuyos y he visto tu foto en ellos. Eres muy bueno –añadió Chloe con afecto.

–Gracias –dijo él sin mostrar el más mínimo interés.

Chloe se rio.

–No te he impresionado lo más mínimo.

–La verdad es que no –contestó él con grosería–. Es que yo también los he leído. Son thrillers normales y corrientes. ¡Un poco de misterio, un toque de violencia, lo agitas bien y le añades mucho sexo!

–Has escrito seis libros en seis años y todos han sido número uno en ventas. Yo no diría que fueran normales y corrientes.

Aquello sí que lo había impresionado. Aquella chica debía de ser la típica fan.

Se encogió de hombros.

–Eso solo demuestra que no hay que hacer caso de los gustos de los lectores.

–Madre mía, ¿se está compadeciendo de usted mismo?

Efectivamente, así que, ¿por qué no se iba y lo dejaba tranquilo?

Chloe pensó que se había equivocado pensando que conocer a aquel hombre iba a resultar fácil.

Llevaba semanas buscando la manera de acercarse a él «accidentalmente». Había sido casi imposible. Ya no ejercía como abogado, así que no había ningún despacho al que ir a verlo, y no salía mucho. ¡Menos mal que se había enterado de que su primo Logan se casaba aquel día y él era el padrino! Como no conocía a ninguno de los contrayentes, no había podido hacerse invitar, así que, descorazonada, había quedado con unos amigos de la universidad para cenar y tomar unas copas. Cuando se disponían a salir de la discoteca, había visto a Fergus McCloud entrando. Solo.

Durante unos segundos, el pánico la había atenazado. ¿Qué debía hacer? Por fin, tenía ante sí la oportunidad que había estado buscando. Se calmó y pensó.

Se disculpó ante sus amigos, que se iban a otro local, y les dijo que se iba a casa. Volvió a entrar y se quedó un buen rato observando a aquel hombre discerniendo qué hacer.

Parecía que estaba solo, pero había que asegurarse. Tal vez, hubiera quedado con una mujer. Tras una hora en la que se había bebido una botella entera de champán y había pedido otra, Chloe decidió que estaba solo.

Era la oportunidad perfecta para hablar con él.

El problema era que Fergus había dejado claro desde el principio que no tenía ningún interés en hablar con ella.

¡Pero no se pensaba dar por vencida!

–¿Qué tal la boda de tu primo?

Fergus frunció el ceño, lo que no afeaba en absoluto su belleza. Chloe sabía cómo era, pero no estaba preparada para la fuerza que exudaba aquel hombre. Era alto y fuerte y el esmoquin le quedaba de maravilla. Tenía el pelo oscuro y un poco largo y la cara morena y esculpida como en madera de teca. Solo sus cálidos ojos color chocolate endulzaban un poco aquel rostro tan duro.

En cualquier otra situación, seguramente le habría parecido un hombre inmensamente guapo. En cualquier otra situación…

–Me parece que no me hace mucha gracia que sepas tanto de mi vida privada.

Chloe se dio cuenta de que había cometido un gran error mencionando la boda de su primo. Rio para disimular.

–No es ningún secreto que el empresario Logan McKenzie es tu primo y que se casaba hoy –contestó encogiéndose de hombros.

–No… –dijo él pensativo.

Pero. No lo había dicho, pero la palabra había quedado flotando.

Chloe tomó aire para controlarse. Todo aquello le resultaba difícil. No era normal en ella acercarse así a un hombre, sentarse con él y hacer que la invitara a beber algo. ¡Sus amigos y su familia no le podrían creer si la vieran! No había tenido mucha opción. Lo había visto de repente y había tenido que actuar sobre la marcha.

–Es la boda del mes, Fergus –bromeó.

–Hmm –murmuró él sabiendo que era cierto–. Bueno, si te interesa, estuvo bien o, al menos, como todas las demás.

Chloe enarcó las cejas.

–¿No te gustan las bodas?

–No serás periodista, ¿verdad? –contestó él arrugando el ceño de nuevo–. No me apetece encontrarme mañana por la mañana con una entrevista en primera página.

Imposible. Odiaba tanto a los periodistas como él. Ya le habían arruinado una vez la vida…

–No, es solo curiosidad –le aseguró.

«Más bien, un intento de sacar un tema de conversación», pensó

Chloe.

–Ya te he dicho que ha estado bien. Si me disculpas… –dijo Fergus dejando la copa sobre la mesa y haciendo amago de levantarse–. Voy a pedir un taxi para irme a casa.

Chloe lo miró sin poder creérselo. ¡No se podía ir! No habían hablando de nada. No podía dejar que se fuera.

–¡Porras! –exclamó Fergus al intentar levantarse y tener que volverse a sentar. Cerró los ojos y respiró aceleradamente–. ¿Te importaría hacerme un favor? –añadió sin abrir los ojos.

¡Lo que quisiera siempre y cuando no se fuera!

–Dime.

–Me parece que no voy a ser capaz de levantarme. ¡La verdad es que estoy borracho! –reconoció a su pesar–. No me tengo en pie, literalmente. No sé la última vez que… ah, sí, sí, me acuerdo–. Fue cuando me gradué en Oxford hace catorce años. ¡Tuve que estar en la cama dos días!

Chloe se había graduado hacía un par de años y sus compañeros y ella se habían dedicado a descansar porque, después de tres años muy duros, se lo merecían.

–¿Qué quieres que haga?

–¿Te importaría ayudarme a salir a la calle y a tomar un taxi? –le pidió haciendo una mueca de disgusto. Obviamente, no estaba acostumbrado a pedir ayuda.

–Claro –contestó Chloe incorporándose–. Levántate y apóyate en mí.

–Será mejor que no me apoye muy fuerte o nos iremos los dos al suelo –observó él mirando su delgadez.

Era más alto que ella y, obviamente, pesaba más, pero ella no era tan enclenque como parecía. Lo ayudó a levantarse y le pasó un brazo por la cintura mientras él se lo pasaba por los hombros. Así, avanzaron hacia la salida.

–Qué vergüenza –comentó Fergus a mitad de camino.

Chloe sonrió.

–Tómatelo como prácticas para cuando seas viejo.

–¡Ahora mismo, me siento como si tuviera cien años!

Pues no lo parecía. De hecho, no aparentaba los treinta y cinco que tenía. Una vez fuera, Chloe no lo metió en ningún taxi sino que lo condujo hacia su coche, un deportivo verde que estaba aparcado

cerca.

–Esto no es un taxi –protestó Fergus al verse dentro.

–No –contestó ella.

Fergus no tenía fuerzas ni para discutir, así que apoyó la cabeza en el asiento y volvió a cerrar los ojos.

–Me da igual. ¿Te tengo que dar mi dirección o también te la sabes?

Chloe lo miró molesta. ¿Tanto se había descubierto?

Fergus abrió un ojo y la miró.

–¿Y bien?

–Eso también lo sé –dijo ella poniendo el coche en marcha.

–Recuérdame que te pregunte por qué lo sabes –murmuró Fergus–. ¡Me da la impresión de que no me voy a acordar de nada de esta noche cuando me despierte!

¡Chloe rezó para que no fuera así…!

Capítulo 2

Fergus se despertó lentamente y movió la cabeza desorientado. Por fin, reconoció su habitación. Sentía la cabeza como llena de algodón.

¿Cómo había llegado a casa? ¡No tenía ni idea!

Miró el reloj de la mesilla. Las nueve y media. Volvió a cerrar los ojos.

¿Qué día era? Recordó que el día anterior había sido la boda de Logan y Darcy, así que debía de ser domingo. Entonces, no tenía obligación de levantarse todavía. No tenía nada que hacer y Maud, el ama de llaves, tenía los domingos libres. Los domingos los solía pasar trabajando y, si tenía hambre, se hacía un emparedado, así que no necesitaba a Maud para nada…

Entonces, ¿por qué olía a café?

¿Efectos del champán? ¿Porque el café era lo que más necesitaba? No tenía resaca, pero sentía la lengua como lija. Una buena taza de café le sentaría de maravilla.

No había duda. Olía a café. Fuerte, aromático y…

–Buenos días, Fergus –saludó una voz femenina desde la puerta–. Te he hecho café.

Fergus frunció el ceño, pero no se movió ni abrió los ojos. Debía de estar soñando. Había una mujer en su habitación.

No es que no las hubiera habido antes, claro que sí, pero la noche anterior no… ¡Tenía que ser el champán!

–Vamos, dormilón, siéntate y tómate una taza.

Fergus abrió los ojos lentamente, como si le diera miedo con lo que se iba a encontrar.

Unos ojos azules. Una larga melena negra. Una mujer delgada y desnuda bajo una de sus camisas.

Una alucinación. Era imposible que hubiera una mujer casi desnuda en su habitación. Recordaba perfectamente haberse ido solo del banquete nupcial.

–Café –dijo ella sirviéndole–. Solo y sin azúcar.

Exactamente como lo tomaba él. ¿Cómo lo sabía?

–¿Qué haces? –le dijo al verla sentarse en el borde de la cama, a su lado.

Ella enarcó las cejas sorprendida y le sonrió.

–No te importa que me siente a beberme yo también una tacita, ¿no? Te he tomado prestada una camisa porque abajo en la cocina hace frío –contestó ella dando un trago de café.

Fergus se quedó mirándola sin saber si quería que se sentara con él o no.

¡Menos mal que Maud no estaba! Su ama de llaves sabía perfectamente la vida que llevaba, pero no era cuestión de que viera a una jovencita prácticamente desnuda en la cocina.

Fergus se incorporó para tomar su taza de café. ¡Al hacerlo, descubrió que estaba completamente desnudo!

Tampoco era para extrañarse tanto, la verdad. No recordaba haber conocido a aquella mujer ni irse a casa con ella, así que, ¿por qué se iba a acordar de haberse desnudado?

Lo que era innegable era que, fuera quién fuese, aquella mujer había dormido allí. Con él. En su cama. ¡Y él no se acordaba de nada!

Ni siquiera de su nombre…

¿Cómo diablos había ocurrido aquello? Demasiado champán, claro.

Recordaba irse del banquete y llegar a la discoteca, pero después… ¡Nada!

–Gracias, Chloe –se burló ella–. De nada, Fergus.

Chloe. Se llamaba Chloe. Qué alivio. ¿Pero de qué la conocía?

Sí, de la discoteca. Se había acercado a hablar con él. Se había sentado con él, había bebido con él y… ¿se había acostado con él?

Fergus se había perdido la parte que iba desde haberla conocido en la discoteca y despertarse con ella. No recordaba en absoluto haberse metido en la cama con ella y… mucho menos…

¿Cómo iba a salir de aquello? Lo que estaba claro era que no pensaba volver a beber champán nunca más.

–Eh… Chloe… –dijo observando su belleza.

Qué menuda era. Sus manos parecían las de una niña. No llevaba anillos. Menos mal. ¡Al menos, no se había acostado con

una mujer casada!

¿Cómo debía comportarse con una mujer con la que había pasado la noche aunque no se acordara de nada? ¡Pedir perdón no parecía lo más adecuado!

–Qué bueno está el café –dijo.

–Gracias –contestó ella encantada–. No te puedes imaginar lo que me alegro de que nos conociéramos ayer.

¿Ah, sí?

Personalmente, no creía que hubiera estado para tirar cohetes, dado el grado de alcoholismo, pero sí ella lo decía…

No se acordaba de haberse acostado con ella y era absurdo fingir, pero tampoco podía decirle la verdad. ¡Sería insultante para ella!

–Me alegro –dijo jugando de manera ausente con el pelo de Chloe–. Eh… ¿Nos…? –se interrumpió porque acababan de llamar al timbre.

¡Había alguien en la puerta!

¿Quién sería un domingo a las diez menos cuarto de la mañana?

Solo había una manera de saberlo y no le quedaba más remedio que bajar a ver quién era. ¿Y si cerrara los ojos y lo ignorara? Tal vez, se fuera.

El timbre volvió a sonar con insistencia.

Obviamente, quien fuera no se quería ir.

Chloe se levantó.

–¿No deberías ir a ver quién es? –le dijo.

Claro que debería, pero podía ser cualquiera. Desde su madre, que estaba en la ciudad por la boda del día anterior, hasta cualquiera de las mujeres con las que había salido las dos últimas semanas. ¿Cómo les iba a presentar a Chloe si no la conocía ni él?

–Espérame aquí –le dijo incorporándose para levantarse de la cama.

Sí, estaba desnudo. Miró a su alrededor y vio que su albornoz estaba en el baño.

Era de tontos sentir vergüenza por ir desnudo a buscarlo, pero la sintió. Aunque aquella mujer lo hubiera visto desnudo ya, él no lo recordaba.

¡Obviamente, él también la había visto desnuda, pero de eso tampoco se acordaba!

–Ahora vengo –le aseguró saliendo de la habitación.

Qué situación tan terrible. ¿Quién era Chloe? ¿De dónde había salido? ¿Y qué iba a hacer con ella…?

–¡Brice…! –exclamó abriendo la puerta y sonriendo a su primo.

–Fergus –lo saludó el otro encantado–. Bonito coche –dijo mirando el deportivo verde–. ¿La conozco?

Fergus se quedó mirando el coche y supuso que era de Chloe porque no lo había visto en su vida.

Bueno, al menos, eso le respondía a una de las preguntas que le habían estado rondando la cabeza desde que se había despertado. ¡Con un coche así, no creía que Chloe estuviera esperando a que le pagara los servicios prestados!

–¿Alguien a quien me gustaría conocer, quizás? –bromeó Brice.

Sin duda, su primo se quedaría alucinado de lo guapa que era Chloe, pero Fergus decidió, sorprendiéndose a sí mismo, que no le gustaba la idea.

–¿Qué quieres? –le preguntó cortante.

El otro se encogió de hombros.

–¿No te acuerdas de que quedamos ayer para jugar al golf? Dijiste que hoy no tenías que trabajar, así que he reservado para las doce.

Golf. ¿Había quedado para jugar al golf?

¿Y cómo lo iba a hacer con Chloe en su habitación?

–¡Buenos días! –saludó ella a sus espaldas.

Fergus cerró los ojos e hizo una mueca. Quería echar a Brice y subir a hablar con ella. No quería que se conocieran. Demasiado tarde.

–Buenos días –sonrió Brice.

Fergus se dio la vuelta lentamente esperando encontrársela con su camisa, pero estaba completamente vestida. Llevaba un vestido negro, medias y zapatos de tacón, el pelo perfectamente peinado y ni rastro de maquillaje, solo los labios pintados. Fergus pensó que era la mujer más guapa que había visto en su vida.

–¿No nos vas a presentar, Fergus? –dijo acercándose.

¿Presentársela a Brice? Sí, claro. Se había quedado sin palabras ante tanta belleza.

Tomó aire y le pasó el brazo por los hombros atrayéndola contra él.

–Chloe, este es mi primo, Brice McAllister. Brice, esta es Chloe… –se interrumpió de repente y la miró con el ceño fruncido. ¡No tenía ni idea de cómo se apellidaba!

–Fox –dijo ella riendo y estrechando la mano de Brice–. No pasa nada, Fergus. Encantada, Brice. ¡Demasiado champán! Bueno, me voy a ir porque os he oído que vais a jugar al golf y, además, yo he quedado a la una y, obviamente, me tengo que ir a casa a duchar y a cambiar.

«Obviamente», pensó Fergus preguntándose con quién habría quedado. ¡No podía irse así! ¿Cuándo la iba a volver a ver?

De repente, se dio cuenta de que quería volver a verla. Mucho. ¡Quería y necesitaba verla aunque solo fuera para que le refrescara la memoria sobre lo que había pasado aquella noche!

Chloe sonrió y le dio un beso en la mejilla.

–Luego te llamo, ¿de acuerdo? –murmuró con discreción.

Aquel beso lo afectó más de lo que habría podido imaginar. Había salido con mujeres muy guapas y sensuales, pero nunca había reaccionado así ante un simple beso en la mejilla. ¡Chloe Fox era pura dinamita!

–Sí –contestó con decisión.

–Encantada de conocerte, Brice –dijo yendo hacia su coche.

Fergus la miró mientras se iba, observando el movimiento de sus caderas y la bonita forma de sus piernas. Chloe se metió en su coche, les dijo adiós con la mano, dio marcha atrás y se alejó a toda velocidad.

Brice silbó admirado.

–Es realmente guapa, Fergus.

«Es preciosa», pensó él.

¡Y se le acababa de escapar! A él, que estaba acostumbrado a dar carpetazo a las relaciones antes de que se pusieran demasiado serias, le acababan de dar con la puerta en las narices porque estaba claro que Chloe Fox no lo iba a llamar.

¡No tenía su teléfono!

Chloe consiguió mantener la cara de alegría hasta dar la curva. Entonces, le comenzaron a temblar las rodillas y las manos. Tuvo que parar en el arcén para no tener un accidente.

Apoyó la cabeza en el asiento y cerró los ojos.

Se había acercado a Fergus McCloud solo para hablar con él y lo había llevado a casa por la misma razón. ¡Que se quedara inconsciente en cuanto rozó la cama no estaba dentro de sus planes!

Se había quedado mirándolo varios minutos. Roncaba y roncaba. Estaba segura de que, si lo hubiera dejado allí y se hubiera ido, no se habría acordado ni de haberla conocido.

Había llegado demasiado lejos como para dejar que aquello sucediera. Por eso, se había quedado. ¡Se había hecho un ovillo en una silla de lo más incómoda mientras el señor dormía a pierna suelta!

Entonces, le había parecido una buena idea… ya no estaba tan segura. Sentía curiosidad por ella, eso era evidente. ¡Se había quedado anonadado cuando se había despertado y la había encontrado allí! Lo que necesitaba era que la compadeciera, pero no estaba segura de poder conseguirlo…

¡Y, de repente, había aparecido su primo y no habían podido hablar!

Tomó aire enfadada y, al comprobar que había dejado de temblar, puso en marcha el coche de nuevo y se fue a casa. Una casa que compartía con sus padres.

¿Qué haría Fergus McCloud si se enterara? Él creería que vivía sola y que podía hacer lo que le daba la gana. No le había pasado desapercibida la mirada que Fergus había dirigido a su dedo anular y el alivio que había sentido al no ver alianza alguna. Eso no quería decir que no tuviera que rendir cuentas ante nadie.

Con un poco de suerte, sus padres estarían en misa y podría entrar sin que se dieran cuenta.

Dejó el coche junto al de su madre. Faltaba el de su padre. Debían de haberlo tomado para ir a la iglesia.

Suspiró aliviada. Lo último que necesitaba era que le preguntaran de dónde llegaba.

Estaba en el vestíbulo superior, de camino a su habitación, y había conseguido que ningún miembro del personal de servicio la viera cuando se abrió una puerta.

–¿Chloe?

David. Su cuñado y ayudante de su padre. ¡Lo peor de lo peor!

Chloe se giró y sonrió.

–¿No tienes una casa a la que ir? –bromeó pensando en su hermana, Penny, y en sus tres hijos. Era domingo, por Dios, y lo estarían esperando.

David Latham, un hombre alto, delgado y rubio, había sido el ayudante personal de su padre durante quince años.

Hacía doce que se había casado con su hermana mayor, algo que sus padres acogieron con entusiasmo, como a sus tres hijos, Paul, de diez años, Diana, de siete y el pequeño Josh, de cinco.

–Tenía que venir a dejarle unos papeles a tu padre que necesita con urgencia –contestó–. ¿No debería ser yo el que te preguntara si no tienes casa? ¡No creo que a tus padres les hiciera mucha gracia volver de misa y encontrarte vestida así!

–No, no creo.

–No te preocupes –rio David–. Yo también he sido joven.

Evidentemente, David creía que Chloe acababa de llegar de juerga y no era cuestión de desmentírselo.

–No le diré nada a mi padre de lo tuyo si tú no le dices nada de lo mío –contestó ella sabiendo que, dada la delicada situación política de su padre, lo último que necesitaba era aquello–. ¡Me voy a duchar antes de que me vean!

David sonrió.

–No te vendría mal dormir un poco también.

Tenía razón. Tenía ojeras y las mejillas muy pálidas.

Había pasado la mayor parte de la noche en vela, mirando a Fergus McCloud y preguntándose qué tipo de hombre era en realidad.

Sabía que, cuando sus padres se divorciaron, se había ido a vivir con su madre al castillo de su abuelo materno a Escocia, que era abogado y que había abandonado la abogacía seis años atrás, al convertirse en un escritor de éxito. Pero aquello no era lo que quería saber sobre él…

¿Era amable? ¿Compasivo? ¿Creería en la justicia aunque le perjudicara?

Debía saberlo antes de pedirle lo que le quería pedir.

No se metió en la cama sino que comió con sus padres, David, Penny y los niños. Pasó la tarde con su madre, contestando cartas y las numerosas invitaciones que habían recibido aquella semana. Si podían, las aceptaban. Su padre estaba a punto de volver a la

política y le venía bien que lo vieran en público.

Por la noche, cenaron los tres solos en el comedor pequeño y no en el enorme que se utilizaba para las cenas con invitados que se daban, por lo menos, una vez por semana.

Después de cenar, empezó a notar los efectos de la falta de sueño y se despidió de sus padres para irse a dormir.

–Estás un poco pálida, cariño –le dijo su padre cuando le dio un beso.

Era alto, guapo y distinguido, de pelo negro plateado solo en las sienes. Chloe lo adoraba y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por él. ¡Cualquier cosa!

Era un hombre de cincuenta y cinco años, extremadamente bueno y sensible. Siempre pensaba en los demás antes que en sí mismo. ¡Tenía todas las cualidades que Chloe esperaba encontrar en Fergus McCloud!

Sintió un peso en el pecho al pensar en él. Fergus era otra de las razones por las que se iba a la cama antes que de costumbre. Llevaba todo el día sin llamarlo en parte porque le daba vergüenza, pero también porque tenía la esperanza de hacerse la interesante así y acrecentar su curiosidad.

Hasta que no lo conociera un poco mejor y pudiera decidir la mejor forma de abordarlo, quería tenerlo en ascuas.

¡Y eso era exactamente lo que había conseguido quedándose a dormir en su casa! Se lo había visto en la cara cuando se había despertado.

–Anoche no he dormido mucho –contestó Chloe.

–Pues recupera el sueño perdido hoy –dijo su madre, que también tenía cincuenta y cinco años y seguía siendo bellísima. Era menuda, como ella, y morena. Apenas tenía arrugas y seguía siendo tan delgada como cuando tenía la edad de Chloe, que había heredado también sus ojos.

Penny tenía diez años cuando nació Chloe, que había sido una sorpresa para todos. Ya desde pequeña se dio cuenta de que la querían mucho precisamente por eso.

–Hasta mañana –se despidió sonriendo.

En cuanto entró en su habitación, llamó a Fergus. Así, sin pensarlo, para que no le diera tiempo a cambiar de opinión.

Al ver que no contestaba, sintió una gran tristeza. ¡No había

pensado que, tal vez, no estuviera en casa cuando decidiera llamarlo!

–Fergus McCloud –dijo su voz al descolgar.

–¿Interrumpo algo interesante? –dijo fingiendo seguridad. ¡Estaba tan nerviosa que tenía ganas de vomitar!

Se hizo el silencio.

–¿Chloe…?

No parecía tan seguro de sí mismo como la noche anterior y aquella misma mañana. ¿Quizás tenerlo esperando todo el día su llamada había dado resultados?

–¿Quién iba a ser si no? –contestó ella.

¡Qué pregunta! La verdad era que podía estar con otra mujer perfectamente. Aunque en las dos últimas semanas, Chloe no había conseguido obtener esa información, el día anterior había ido a la boda de su primo solo y, luego, se había trasladado a la discoteca también solo. Eso debía de querer decir que no tenía novia, ¿no?

–No, nadie. Es que estaba en la bañera y he tenido que salir corriendo para contestar.

No parecía demasiado molesto.

–¿Me estás diciendo que estás de pie completamente desnudo mientras hablas conmigo? –le preguntó en tono deliberadamente provocativo aunque no se sentía así en absoluto.

No pudo evitar pensar en aquella mañana cuando había cruzado la habitación desnudo para ir al baño en busca de su albornoz. ¡Le había costado Dios y ayuda no cerrar los ojos y actuar como si el hecho de verlo así no fuera importante!

La verdad era que la vista había resultado de lo más interesante. Fergus era alto y musculoso, estaba bronceado, no le sobraba ni un gramo de grasa y tenía unos andares casi felinos.

–No exactamente –contestó él secamente.

–Vaya –apuntó Chloe decepcionada.

–No, es que me estoy sentando –rio él– y me estoy enfriando, la verdad.

–Si tuvieras un teléfono móvil, podrías llevártelo al baño y todo solucionado.

–No, no me gustan nada esos chismes. ¡No me gusta nada la idea de que cualquiera pudiera entrar en la intimidad de mi baño! ¡Yo escojo quién puede entrar!

–Era solo una sugerencia.

–¿A qué debo el honor de esta llamada?

«¡A que tus actos amenazan con destrozar a mi padre y a mi familia de nuevo!», pensó Chloe, pero no dijo nada.

–Te dije que te iba a llamar.

–¿Siempre haces lo que dices?

–Sí, me suele parecer lo mejor. ¿Qué tal el golf?

–Brice me ha machacado –contestó Fergus fastidiado–. ¡No sé qué me harías anoche, pero no tenía fuerzas ni para darle a la bola!

¡No le había hecho nada! Rio para disimular.

–Pobrecillo.

Ahora ya sabía lo que creía Fergus que había ocurrido. Al principio, le había sorprendido que lo pensara, pero se había dado cuenta de que servía mejor a sus fines. Aun así, no estaba dispuesta a mentirle.

Eso sería ponerse al mismo nivel que los que habían destrozado la carrera de su padre una vez y estuvieron a punto de hacer lo mismo con su familia.

Ocho años atrás, su padre era un miembro importante del gobierno. Era tan importante que lo más lógico era que se convirtiera en secretario general de su partido y en primer ministro. Todo se truncó cuando una de sus ayudantes se suicidó.

Susan Stirling era una mujer de treinta y tantos años, soltera y a la que no se le conocía una relación duradera y… ¡estaba embarazada de cuatro meses cuando murió!

Los periódicos se hicieron eco de la noticia y se volvieron locos preguntándose quién sería el padre. Decidieron que era su padre.

El escándalo fue imparable a pesar de que su padre lo negó varias veces. Aquello fue una pesadilla, les asediaba la prensa, la vida de Chloe en el colegio se convirtió en un horror e incluso llegaron a burlarse de ella. El matrimonio de sus padres sobrevivió porque su madre no dudó de su padre en ningún momento, al igual que Penny y ella.

Al final, el primer ministro, que se enfrentaba a unas elecciones al año siguiente, no tuvo más remedio que pedirle a su padre que dimitiera.

Ocho meses después, perdió su escaño. ¡Llevaba ocho años olvidado, pero ahora tenía una nueva oportunidad!

La carrera para su reelección ya había comenzado y Chloe no iba a permitir que nada ni nadie se la fastidiara aquella vez.

Lo supiera o no, le importara o no, quien podía hacerlo era Fergus McCloud.

¡Pero ella estaba decidida a impedírselo!

Capítulo 3

Chloe…? –dijo Fergus tras varios segundos esperando una contestación. ¿Quería cenar con él o no?

–Lo siento –contestó ella como saliendo de un trance–. ¿Qué me decías?

Estaría cansada, como él. ¡Claro, ella tampoco debía de haber dormido mucho!

–Que si quieres cenar conmigo el viernes.

Aunque hubiera querido verla antes para hacerle una serie de preguntas, su madre estaba en la ciudad y asumió que Chloe trabajaría toda la semana.

–Me encantaría, gracias. ¿Dónde vamos a ir?

–A Bernardo's.

Era el restaurante de moda, al que iba todo el mundo que quería que lo vieran. Aunque a él ya no le iban esas cosas, Fergus pensó que Chloe era todavía joven y, tal vez, a ella sí.

No sabía exactamente qué edad tenía, pero no muchos más de veinte. Muy jovencita, la verdad. ¡La noche anterior no le había importado demasiado!

–¿No podríamos ir a un sitio menos… concurrido?

–¡Chloe Fox, acabas de ganar varios puntos! –exclamó Fergus con entusiasmo–. Yo también odio ese tipo de sitios.

–Entonces, ¿por qué querías ir? –preguntó ella sorprendida.

–Porque creía que a ti te gustaría –contestó él sinceramente.

–Gracias, pero no. Podríamos ir a Chef Simon.

–¡No! –exclamó Fergus rápidamente.

Lo último que quería era ir a cenar al restaurante del marido de su tía para que la familia entera se pusiera a especular sobre su vida privada.

–Bueno, ¿qué te parece Xander's? Está…

–Sé dónde está –interrumpió Fergus recordando el exclusivo y romántico local.

¡No le gustaba mucho que aquella jovencita llevara la batuta! Las mujeres dominadoras no eran su tipo. Su madre era así y su padre solo la había aguantado diez años.

–¿Prefieres ir a otro sitio?

Fergus sintió cierto alivio al comprobar que le dejaba sugerir. Aquella mujer era bellísima y se había acostado con ella, pero eso no quería decir que confiara en él. Sabía demasiadas cosas sobre él.

–No, Xander's me parece bien –contestó–. Reservaré para las ocho y media. ¿Te viene bien?

–Muy bien. Nos vemos el viernes.

–Sí, eh… Chloe… –dijo antes de que le colgara–. Lo normal es que el hombre pase a buscar a la mujer, ¿no?

–Bueno, yo prefiero llevar mi coche, ¿sabes? Por si acaso. Yo no bebo –bromeó.

–Yo, tampoco. Normalmente –se defendió él incómodo.

–Me dijiste que estabas deprimido por la boda de tu primo.

Fergus no recordaba lo que había dicho y lo que no.

–Eso fue por el champán. Me alegro mucho por los dos, por Logan y por Darcy –contestó. Y era cierto. ¡Al fin y al cabo, los Tres Incasables no podían durar para siempre!–. Insisto en pasarte a buscar.

–Y yo insisto en que nos encontremos allí.

Fergus hizo una mueca de disgusto. ¿Por qué no quería que fuera a buscarla a su casa? ¿Tenía algo que esconder? El hecho de que no llevara alianza no quería decir nada. Podía vivir con su novio. No todo el mundo se casaba. Si fuera el caso, el tipo debía de ser un débil mental para permitir que durmiera por ahí.

–Como quieras –dijo–. Ahora, si no te importa, me voy a volver a la bañera porque me estoy helando.

E irritando. Había algo de Chloe Fox, y no era solo su carácter dominante, que lo ponía de los nervios. Había pasado la noche con ella, pero no la conocía de nada.

¡Ya cambiaría eso el viernes por la noche!

A las nueve menos cuarto, llevaba quince minutos esperándola. No aparecía y él se estaba empezando a sentir incómodo.

Los demás comensales lo miraban con lástima. Si aparecía, no lo

iba a encontrar del mejor humor, vamos.

Había pedido una botella de vino mientras esperaba y, para su consternación, ya se había bebido dos copas con el estómago vacío.

Había estado trabajando todo el día sin parar y no era extraño que no comiera cuando tenía mucho trabajo, por más que Maud hiciera todo lo que estaba en su mano para que no fuera así.

Su madre se había ido ya y estaba realmente atareado documentándose para su próxima novela. Así, se había distraído durante la semana y había evitado pensar en Chloe y en el viernes por la noche.

¡No había podido averiguar nada sobre ella!

A ninguno de sus amigos ni conocidos les sonaba aquel nombre. En el teléfono de información, tampoco le pudieron ayudar porque la guía estaba llena de Foxes.

Era como si hubiera salido de la nada. No lo había vuelto a llamar.

Había desaparecido.

¡Allí estaba! Había llegado, por fin, y lo había dejado sin aliento.

Si el sábado por la noche y el domingo por la mañana le había parecido guapísima, en ese momento ya no sabía qué pensar. Era obvio que no era el único en mirarla.

La gente que iba a Xander's estaba acostumbrada a ver a ricas y famosas, pero se hizo el silencio, dejaron de comer y la observaron.

Llevaba un vestido escarlata de inspiración oriental con un collar mandarín. Llevaba el pelo recogido en un moño que dejaba al descubierto los increíbles rasgos de su belleza.

Sin duda, era la mujer más guapa del local y Fergus se sintió orgulloso.

Se levantó para saludarla.

–Estás maravillosa –le dijo poniéndole la silla para que se sentara y aspirando el aroma de su perfume.

No sabía qué marca era, pero sí sabía que, la próxima vez que lo volviera a oler, para bien o para mal, le recordaría a ella.

–Gracias, Fergus –dijo Chloe dándole un beso en la mejilla–. Me encanta este restaurante –añadió mirando a su alrededor.

Fergus solo tenía ojos para ella.

–Perdona por el retraso –sonrió.

Fergus se sintió algo irritado porque Chloe no le dio ninguna

excusa por la tardanza. Había pasado veinte minutos esperándola, sintiéndose como un idiota.

–¿Quieres una copa de vino?

–No bebo, ya lo sabes –sonrió ella pidiendo agua mineral al camarero–. ¿Qué tal la semana? –añadió educadamente dirigiéndose a él aquella vez.

Fergus sintió que el enfado crecía. La educación le parecía fenomenal cuando hacía falta, pero entre ellos, que habían pasado juntos la noche del sábado, era una distancia que no debía existir.

–Muy bien. ¿Y tú?

–Ocupada –contestó encogiéndose de hombros.

–¿Con qué?

–Con esto y aquello –contestó sin darle importancia.

¡Fergus tenía que haberse dado cuenta de que se estaba riendo de él!

–Chloe…

–Perdona, Fergus, no debería tomarte el pelo –dijo ella acariciándole la mano–. Soy diseñadora de moda.

¡Por fin sabía algo sobre ella aparte de su nombre! No era mucho, pero para empezar…

–¿Has diseñado el vestido que llevas?

–Claro.

Claro…

«Pues qué diseños tan maravillosos», pensó Fergus.

–¿Para quién trabajas? –le preguntó sintiendo que el hielo se empezaba a romper.

–Para mí –contestó Chloe bebiendo del vaso de agua–. ¿Y tú…?

–¿Eres una diseñadora freelance? –insistió él al olerse que iba a intentar cambiar de tema.

–No exactamente. ¿Te importa que pidamos? Estoy que me muero de hambre.

Maldición. Ya había cambiado de tema. La verdad era que tenían que pedir y que él también tenía hambre.

¡Si se creía que mirando la carta antes de pedir había conseguido que dejara de interrogarla, estaba muy confundida!

Chloe lo miró por encima de la carta. Aunque había conseguido

disimular, estaba claro que Fergus estaba enfadado. No era de extrañar. Había llegado veinte minutos tarde. Adrede, claro.

Si había lago que había averiguado sobre él en las dos últimas semanas, había sido que nunca esperaba a una mujer. Llevaba soltero más de quince años, evitando relaciones duraderas. Era muy raro que no se cansara de una mujer en un par de citas.

Chloe se preguntó si no se habría pasado. ¡Lo último que quería era que se hartara de ella!

A ella le caía bien…

Era interesante, inteligente y divertido. Aparte de guapo, claro. De hecho, en otras circunstancias, seguro que le habría gustado mucho.

Dejó la carta sobre la mesa y le sonrió.

–Tengo mi empresa y vendo a varias boutiques famosas –le dijo.

–¿Famosas y caras?

–Por supuesto –rio ella.

Fergus se relajó un poco. Ya sabía por qué tenía un deportivo y por qué estaba como en su salsa en ambientes tan exclusivos.

Chloe se dio cuenta de que Fergus buscaba muchas más respuestas.

–¿Cómo se llama tu marca?

–Foxy.

–¿Cómo es que no nos conocíamos antes?

Porque hasta hacía un año no había vivido en Londres todo el año sino que había estado interna en el sur de Inglaterra, luego había ido a la universidad y, para terminar, un año a París para trabajar con una de las mejores diseñadoras del mundo. Durante el último año, había estado demasiado ocupada como para dedicarse a salir.

Además, no le había dicho su verdadero apellido.

Chloe se encogió de hombros.

–Supongo que ha sido mala suerte –contestó.

Fergus sonrió.

–¿Para ti o para mí?

–Para los dos, por supuesto. Sería una maleducada si te dijera que para ti.

–No te gusta ser maleducada y siempre procuras hacer lo que dices.

¡Aquel hombre estaba haciendo un inventario de todo lo que sabía sobre ella! No era un buen principio.

–Supongo que también te gustaría saber que me gusta comer, por lo menos, dos veces al día. Hoy, solo he tenido tiempo de desayunar, así que…

–Quieres cenar –sonrió Fergus haciendo un gesto al camarero.

Mientras les tomaban la comanda, Chloe lo observó de nuevo. Era guapo, encantador y rico. No debía subestimar su inteligencia. No le costaría mucho sumar dos más dos y averiguar quién era la diseñadora de Foxy.

Hablarle de aquello había sido un riesgo, pero no había tenido más remedio si quería sonar creíble. Quería tenerlo en ascuas, pero no iba a conseguir nada si se pasaba de misteriosa y le quedaba mucho camino que recorrer con aquel hombre.

–¿Por qué no has querido que cenáramos en el restaurante de tu tío? –le preguntó mientras se tomaban el primer plato.

Fergus estuvo a punto de atragantarse con el mejillón que se acababa de meter en la boca.

–Muy fácil. Quería conocerte sin que mi familia nos estuviera observando.

–Muy amable por tu parte –mintió Chloe.

–¿No estás de acuerdo en que tenemos muchas cosas que contarnos?

Debía de querer decir que había muchas cosas que no sabía sobre ella. ¡Y así tenía que seguir siendo!

Le sonrió.

–¿Qué dice la canción? ¿La sal y la pimienta es conquistar?

–Sí… –contestó Fergus nada convencido.

–He…

–¡Chloe! Eres Chloe, ¿no?

Chloe levantó la mirada y reconoció inmediatamente al hombre que se había parado junto a su mesa.

¡Peter Ambrose!

Chloe tragó saliva sin mirar a Fergus. Ya había visto la cara de sorpresa que se le había quedado.

¡No era de extrañar! Peter Ambrose había sido primer ministro hasta hacía tres años y seguía siendo líder de su partido. ¡Obviamente, la conocía lo suficiente como para llamarla por su

nombre de pila!

¿Cómo iba a sospechar ella que podía ocurrir algo así cuando había decidido ligarse a Fergus McCloud?

Capítulo 4

Fergus se volvió a preguntar quién era Chloe Fox.

Ya sabía que era guapa, inteligente y tenía sentido del humor, pero, ¿quién era?

–Peter, cuánto me alegro de verte. ¿Qué tal Jean y los niños?

Iba a discotecas de moda, tenía un deportivo caro, tenía su propia marca de diseño de moda y… ¡tenía confianza con el ex primer ministro y su familia!

Peter Ambrose le sonrió mientras se daban la mano.

–Jean está allí –contestó el hombre señalando una mesa– y los niños tienen veinte y veintidós años.

Chloe se rio.

–Hace tiempo que no nos veíamos –le dijo.

–Demasiado –dijo Peter con dulzura–. No te puedes ni imaginar lo contentos que estamos de que Paul esté de nuevo con nosotros.

«¿Paul?», se preguntó Fergus. ¿Quién era Paul? Odiaba no enterarse de nada. ¡Todavía más con una mujer con la que se había acostado!

Lo que más le molestaba en aquellos momentos era no saber cómo de profunda había sido su relación con Peter Ambrose en el pasado.

Fergus sabía que Peter tenía cincuenta y tantos años y que llevaba casado con su mujer más de treinta. Seguía siendo un hombre atractivo, alto y delgado. De hecho, su apariencia física le había ayudado mucho a la hora de liderar su partido político.

¡Y obviamente Chloe lo conocía muy bien!

Fergus sintió el mismo desasosiego que el anterior fin de semana, cuando Chloe había insistido en sentarse con él. La pregunta no era quién era Chloe Fox sino qué era.

–Perdona, Fergus, te voy a presentar –apuntó Chloe incluyéndolo en la conversación–. Peter, este es Fergus McCloud. Fergus, te presento a…

–Sé quién es –dijo Fergus–. Señor Ambrose –añadió levantándose rápidamente para darle la mano.

–¿McCloud…? –repitió Peter Ambrose pensativo–. ¿De qué me suena su nombre?

–Quizás, de que el miércoles tengo una cita con usted –contestó Fergus.

–¿De verdad? Ah, sí, claro. Ahora lo recuerdo. Usted es el escritor, ¿verdad?

Fergus no se podía creer la coincidencia de haberse encontrado con aquel hombre aquella noche. Claro que la coincidencia había surgido por parte de Chloe porque a él Peter Ambrose lo podría haber confundido con cualquiera de los camareros del local.

–Sí, efectivamente –contestó.

Peter Ambrose asintió.

–Sí, mi secretaria me dijo que no le quiso usted contar por qué quería hablar conmigo…

No es que fuera nada secreto, pero Fergus solo quería hablar de ello con los peces gordos y Chloe, independientemente de que fuera amiga de aquel hombre, no lo era.

–Será mejor que no te entretengamos más, Peter –intervino Chloe.

Peter Ambrose se quedó unos segundos más mirando a Fergus antes de sonreír a Chloe.

–Me alegro mucho de haberte vuelto a ver, Chloe. Espero volver a vernos pronto, ¿eh? –le dijo amablemente.

–Yo, también.

–Nosotros nos veremos el miércoles, señor McCloud –le dijo haciendo un movimiento de cabeza antes de irse.

Fergus se sentó y miró fijamente a Chloe. Aquella mujer era todo un misterio y, como escritor, quería desvelarlo. ¡Como hombre no tenía la más mínima idea de qué iba a hacer!

Tomó aire.

–Te mueves en círculos muy selectos –le dijo tanteando la situación.

Chloe terminó de tomarse las frambuesas del primer plato y lo miró con calma. Aun así, a Fergus le pareció detectar un ligero temblor en sus manos.

–No tan selectos. Peter ya no es primer ministro –contestó.

–Chloe.

–Era amiga de sus hijos –concluyó Chloe.

Fergus no terminaba de creérselo. En su vida, no había lugar para las mentiras.

–No me crees, ¿verdad? –dijo ella como si le leyera el pensamiento.

Fergus se quedó petrificado.

–No sé qué creer –contestó sinceramente.

Chloe dejó los cubiertos en el plato y lo miró con frialdad.

–¿Me equivoco o tienes la errónea impresión de que he tenido una aventura con Peter Ambrose?

Fergus hizo una mueca. Dicho así, sonaba ridículo. Claro que, ¿de qué lo conocía? Porque eso de que era amiga de sus hijos, Fergus no se lo tragaba. Además, Jean Ambrose no había demostrado el mismo interés en acercarse a saludarla…

–Ya veo que sí –suspiró Chloe–. Fergus, puedo ser muchas cosas, te lo aseguro, pero «la otra» no, te lo juro. ¿Me crees?

Sorprendentemente, sí. La creía. Le había contado muy poco acerca de sí misma, pero tuvo la certera impresión de que todo lo que le había dicho era verdad. ¡Aquella relación, o lo que fuera, con Chloe se le escapaba de las manos! Aquello no le gustaba. Siempre había sido él quien llevaba las riendas, pero con ella, a pesar de lo joven que era, resultaba imposible.

–Te creo –suspiró–, pero sé que hay algo que no quieres contar…

–Hay muchas cosas que no te voy a contar, Fergus –admitió ella con una sonrisa–. Seguro que te importa un bledo lo mona que era de bebé para mi madre, lo rebelde que era cuando me fui interna por primera vez, lo estudiosa que era en la universidad, lo bien que me lo pasé el París el año siguiente. ¿No sería horriblemente aburrido saberlo ya todo el uno del otro?

Sí, claro que lo sería, pero ese no era el tema…

¡Si insistía, podría perderla! Fergus lo supo con tanta certeza como si se lo hubiera dicho ella…

–Mi madre también decía que yo era una monada de bebé y los tres, mis primos y yo, éramos una maldición para el director de las propiedades de mi abuelo en Escocia, donde nos criamos. Yo no estudié tanto en la universidad como tú, pero no me fue mal. Me gustaron mucho mis años de abogado, pero escribir me gusta más.

Tienes razón, no hace falta que lo sepamos todo el uno del otro. Solo es nuestra segunda cita.

–Oficialmente, la primera.

¡Y había estado a punto de terminar con Chloe levantándose y yéndose!

Fergus lo había presentido hacía unos minutos, supo que, si seguía insistiendo en que no la creía, era capaz de irse. Fuera quien fuese e hiciera lo que hiciese, no quería que se fuera. Chloe Fox le intrigaba, lo tenía hechizado y no iba a permitir que saliera de su vida sin haber desvelado antes su misterio.

Chloe observó la cara de Fergus, segura de que él no tenía ni idea de que era como un libro abierto.

No era que no creyera lo que le había dicho. ¡Era simplemente que no confiaba en ella!

No era de extrañar. Al fin y al cabo, estaba completamente anonadado con su relación y más con que Peter Ambrose se hubiera acercado a saludarla.

¡Ella sí que se había quedado helada!

De todo lo que podía haber sucedido, encontrarse con Peter había sido lo peor. Claro que, por otra parte, eso le había permitido saber que el miércoles Fergus tenía una cita con él…

Peter se iba a quedar perplejo cuando se enterara de por qué quería verlo Fergus. Tal vez, creyera que era por su campaña política para ganar las elecciones generales del año siguiente, pero Chloe no creía que fuera por eso.

¡Se le estaba agotando el tiempo!

–¿Te vas a meter en política? –le preguntó mientras les retiraban los platos.

Fergus se rio y negó con la cabeza.

–No, claro que no. Aprecio demasiado mi vida privada.

–Pero siendo escritor, también sufrirás en ese aspecto.

–No demasiado –le aseguró él con satisfacción–. Además, ¿crees que mi vida iba a ser lo suficientemente interesante como para que la opinión pública la siguiera como la de un político?

Chloe enarcó las cejas.

–No lo sé. ¿Tú qué dices?

–No –rio Fergus–. Nunca he estado casado, así que la prensa asumiría que soy homosexual. Cuando se dieran cuenta de que no es así, intentarían casarme con toda mujer que se cruzara en mi camino. No, gracias.

Chloe sabía que Fergus tenía razón, lo había experimentado en sus propias carnes.

Se encogió de hombros.

–Como dijiste que tenías una cita con Peter la semana que viene…

–Investigación –contestó Fergus mientras les servían el segundo plato.

El peor momento para que llegara la comida, justo cuando estaban tocando el tema que a ella le interesaba.

Estaba impaciente por retomar el tema, pero tuvo que esperar a que el camarero sirviera a Fergus verduras y ensalada con el salmón.

–La verdad es que yo también tengo hambre –comentó él.

–¿Me estabas diciendo que estás recopilando información para tu próximo libro…? –dijo ella como quien no quiere la cosa.

–No recuerdo haberte dicho que fuera para un libro –contestó él a la defensiva.

–Simplemente di que es un tema del que prefieres no hablar y ya está.

–Es un tema del que prefiero no hablar. No quiero ser grosero, pero…

–Pero se te da muy mal –bromeó Chloe furiosa consigo misma por haberle puesto en bandeja el dejar de hablar del tema. ¡Debía de ser uno de los pocos hombres sobre la faz de la tierra al que no le encantaba hablar de sí mismo!

Fergus suspiró.

–Me he dado cuenta de que escribir es una profesión muy extraña, al menos para mí. He descubierto que, para mantener la historia fresca y viva, es mejor no hablar de ella con nadie. Excepto con mi agente, claro –sonrió Fergus–. Aun así, a él solo le doy un resumen para que pueda venderle la idea a la editorial.

¡Eso ella ya lo sabía!

–Es como si tú te dedicaras a explicar cómo son tus últimas creaciones. Seguro que no lo haces.

–Porque alguien me podría robar la idea… ¿Crees que podría robarte el argumento de tu libro? ¡Te aseguro que no tengo ni idea de cómo se escribe un libro!

–¿Crees que todos llevamos dentro un libro y que solo tienen que darse las circunstancias para que salga?

Lo que creía Chloe era que estaba cambiando de tema, maldición.

–Yo, desde luego, ya te he dicho que no sabría ni por dónde empezar. Por eso, me interesa saber cómo lo haces tú –le contestó bruscamente–. Lo que está claro, Fergus, es que tu próximo libro tiene un enfoque político.

–Puede ser –contestó él evasivamente–. ¿Tienes hermanos y hermanas?

–Una hermana mayor –contestó ella con frustración–. ¿Y tú? –le preguntó aunque sabía que no.

–No –le confirmó–. ¿Y tus padres? ¿Viven?

–Por supuesto. ¡Solo tienen cincuenta y tantos, Fergus! –contestó no queriendo hablar de sus padres ni de pasada. La información que quisiera de su padre, no la iba a sacar de ella, desde luego–. ¿Y los tuyos?

–Divorciados. Los dos viven –contestó escuetamente–. Dime una cosa. ¿Por qué proteges tanto tu vida privada?

Aquello la tensó, pero logró disimular.

–No me había dado cuenta.

Fergus asintió.

–Me da la impresión de que me escondes algo –bromeó mirándola fijamente.

Chloe consiguió mirarlo sin inmutarse.

–¿Cómo qué? –preguntó en tono divertido.

Fergus se encogió de hombros.

–¿Estás casada o prometida? ¿Vives con tu pareja? ¿Tal vez eres una asesina en serie en busca de una nueva víctima?

Chloe se dio cuenta de que la última pregunta la había hecho para hacer la gracia. Las que realmente le interesaban eran las otras. ¿Realmente creía que estaría allí con él si alguna respuesta fuera afirmativa?

–Lo has acertado… ¡Soy una asesina en serie!

Fergus no le devolvió la sonrisa.

–Me parece que esta relación no va a ir a ningún lado, Chloe –contestó mirándola con dureza.

Tenía razón. Desde luego, no al lado que él quería, claro.

–¿No es así como lo prefieres? –le espetó ella.

–Sí –contestó Fergus lentamente–, pero me parece raro que, después de haber pasado la noche del sábado juntos, no estemos haciendo ningún tipo de progreso. En realidad, nos estamos comportando como si no nos conociéramos de nada.

Parecía realmente compungido por ello y Chloe sabía que era por ella. El ambiente no era tan relajado y cómodo como debería ser por ella. Pero, ¿cómo se iba a mostrar así con Fergus cuando sabía que iba a destrozar la vida de su padre?

Sabía exactamente de lo que iba a tratar el nuevo libro de Fergus, sabía que iba a utilizar el escándalo de hacía ocho años como centro de la historia.

¡Y el libro iba a salir unas semanas antes de que su padre se presentara a la reelección!

Capítulo 5

Perdona que te diga, Fergus, pero tú no eres precisamente un libro abierto!

Eso él ya lo sabía. En todos aquello años, nunca había confiado demasiado en las mujeres con las que había estado. Obviamente, no había estado enamorado de ninguna. Prefería no compartir su interior con nadie y no dejaba que ninguna relación se hiciera demasiado seria. Muchas veces lo habían acusado de ser frío y distante, pero nunca había encontrado las mismas características en una mujer. Y, además, tan joven.

–*Touché* –confesó–. ¿Crees que dos personas como nosotros, a las que hay que sacar las palabras con cuchara, se pueden terminar conociendo?

Chloe sonrió.

–Creo que podría ser divertido intentarlo.

Fergus deseó acordarse de lo del sábado. Lo ayudaría acordarse de cómo se sintió teniéndola desnuda entre sus brazos. ¿Sería una amante callada o gritaría de placer? Daba por hecho que se lo había pasado bien porque, al fin y al cabo, había querido volver a verlo.

De repente, se dio cuenta de que ya estaba harto de estar sentado en aquel restaurante manteniendo una conversación de cortesía. Quería conocerla de la única manera en la que, aparentemente, estaba dispuesta a dejarse conocer.

–¿No quieres más? –le preguntó observando el salmón con el que llevaba jugando diez minutos.

–No…

–Yo, tampoco –dijo Fergus dejando la servilleta sobre la mesa y haciéndole una señal al camarero para que les llevara la cuenta–. Vámonos –añadió levantándose.

Chloe lo miró sorprendida.

–Creía que tenías hambre…

–Sí –sonrió Fergus viendo cómo se sonrojaba al entender por

dónde iban los tiros.

No sabía qué edad tenía, veintidós o veintitrés a lo sumo, pero lo que estaba claro es que sus ojos reflejaban una reserva, como si alguien la hubiera hecho mucho daño. Fergus estaba decidido a borrar aquella reserva aunque solo fuera mientras la tuviera en sus brazos.

Mientras pagaba la cuenta, Chloe, algo confusa, se despidió de Peter y Jean Ambrose.

Fergus había ido en taxi adrede y no tardó en encontrarse sentado en el asiento del copiloto del deportivo.

–Me encantaría saber cómo conseguiste meterme aquí el otro día –murmuró observando que la cabeza casi le daba con el techo y las rodillas rozaban el salpicadero.

–Echando el asiento para atrás –contestó ella–. Los botones están en la puerta –añadió mientras ponía el coche en marcha.

Eso quería decir que aquella semana se había sentado allí alguien más bajito. ¿Hombre o mujer? No le hacía ninguna gracia que hubiera sido otro hombre. ¡Aunque Chloe no quisiera que se enterara, solo pensar en que podía haber alguien en su vida le ponía histérico!

–¿Dónde vamos?

–A tu casa o a la mía –contestó Fergus bruscamente.

–A la tuya –dijo ella tomando la desviación apropiada.

Eso le recordó a él que tenía varias preguntas todavía para la señorita Chloe Fox. Primera: ¿Por qué sabía dónde vivía? Segunda: ¿Cómo era que tenía su número de teléfono?

Todavía más misterioso era que, de nuevo, había conseguido mantener en secreto dónde vivía…

–¿Vives en Londres?

–Sí –contestó ella perpleja.

–¿Sola?

Chloe lo miró distraídamente.

–No –contestó.

Fergus se puso tenso. No vivía sola. ¿Con quién viviría…?

–Vivo con mis padres –le dijo tan tranquila–. Por eso, no me parece una buena idea ir a mi casa. No creo que te apetezca conocerlos, ¿verdad?

No, desde luego que no. ¡No tenía el más mínimo interés en

conocer a los padres de una chica que había visto dos veces en su vida y a la que apenas conocía!

–No –contestó–. Podría ser un problema, sí.

–Ya decía yo –sonrió Chloe.

Fergus la miró atentamente.

–Parece que me conoces bien…

–No es por eso, Fergus –contestó Chloe riendo–. ¡Es que todos los hombres tenéis fobia a los padres!

A menos que se tuvieran intenciones serias, sí, y Fergus nunca las había tenido con ninguna mujer.

No pudo evitar preguntarse cómo serían los padres de Chloe o si le gustaría vivir con ellos. Le pareció un poco mayorcita para vivir todavía con ellos. ¡A él le había faltado tiempo para instalarse en su apartamento de soltero!

Obviamente, Chloe se llevaba bien con su familia. Otro dato que podía añadir a lo poco que sabía de ella. Demasiado poco. Menos mal que, como ella misma había indicado, no se aburrían juntos. Fergus pensó que resultaba muy difícil aburrirse con Chloe Fox.

–¿Quién es Paul…? ¡Cuidado!

El coche se había ido a la derecha de repente, como si hubiera tocado un tema delicado.

–Perdón –murmuró Chloe controlando el vehículo–. Creí que había un gato en mitad de la calzada.

¡De eso nada! Se había sonrojado y sujetaba el volante con fuerza. Preguntarle por el tal Paul la había puesto nerviosa.

Y no le había contestado…

–Lo siento, Fergus, pero me está empezando a doler la cabeza.

¡Y él que creía que esa excusa se daba solo de casada! Desde luego, había tocado un tema delicado…

–Pobre, en cuanto lleguemos a casa te busco una aspirina.

–Prefiero irme a casa, si no te importa.

¡Claro que le importaba! Seguía sin saber casi nada de ella y quería llevársela a casa para, al menos, poder abrazarla y besarla.

–Pasa y tómate un café –insistió cuando llegaron.

–No, gracias…

–No me gusta que te vayas conduciendo si te duele la cabeza –le interrumpió con decisión–. Solo un café, Chloe.

–Muy bien –suspiró ella apagando el coche–. Solo un café.

Fergus entró en su casa con el ceño fruncido. Le pareció que Chloe se estaba haciendo la remolona para no tener relaciones con él. Aquello le parecía muy extraño. Si ya se habían acostado el fin de semana anterior…

¿Se habría dado cuenta, al conocerlo un poco más, de que no le gustaba?

¡A él le había pasado totalmente lo contrario!

¿Cómo diablos se había metido en aquel lío? ¿Cómo iba a salir de allí?

Se había quedado de piedra cuando Fergus había propuesto que se fueran del restaurante. La había pillado tan por sorpresa que no le había dado tiempo a inventar una excusa para quedarse. ¡Se debía de haber dado cuenta de que no estaba comiendo!

¡Y aquella pregunta sobre Paul en el coche…!

No entraba en sus planes volver a su casa aquella noche. Había pensado en despedirse de él después de la cena. Claro que, a las diez y media, era un poco pronto, ¿no?

–Pasa a la cocina –dijo Fergus–. No te preocupes, el ama de llaves ya se ha retirado –añadió al verla renuente.

Si con aquello pretendía darle ánimos, no lo había conseguido en absoluto. Chloe habría preferido saber que el ama de llaves andaba por allí. ¡Una cosa era fingir que habían pasado la noche del sábado juntos y otra, muy diferente, pasar aquella, como estaba claro que él quería!

Había tenido novios e incluso se había planteado casarse con un hombre en París, pero ninguna de aquellas relaciones había llegado a ser sexual. ¡No le gustaba saltar de cama en cama, la verdad!

Fergus creía que ya se habían acostado, así que lo más normal era que quisiera repetir.

No debería de haberse metido en todo aquello. Había sido una locura. ¡Había sido por desesperación!

Para cuando Fergus se quitó la chaqueta y se puso a hacer café, el dolor de cabeza de Chloe era de verdad.

–Toma –le dijo él dándole dos pastillas y una taza de café.

Estaba comportándose de forma amable y considerada, dos de las cualidades que Chloe quería ver si tenía. Solo le quedaba

averiguar si sería capaz de sacrificarse personalmente por el bien de otra persona.

–Estás pálida –dijo Fergus arrugando el ceño–. Vamos al salón, te voy a encender la chimenea para que entres en calor.

Chloe pensó que no quería entrar en calor, pero lo siguió. ¡Lo que quería era irse! ¡Preferiblemente antes de que Fergus se diera cuenta de que no se habían acostado el fin de semana anterior!

Era un salón muy masculino, muy de Fergus, muy cálido y, más aún, con la chimenea encendida.

–Así está mucho mejor –comentó Fergus sentándose a su lado en el sofá.

Chloe pensó que se había equivocado sentándose allí, pero era el lugar más cercano al fuego. Aquello no se le daba nada bien. ¡No pudo evitar preguntarse qué diría Fergus si supiera de su inexperiencia!

Lo tenía muy cerca, sentía el calor de su cuerpo, le llegaba el aroma de su colonia. Desde luego, era un hombre guapísimo.

Fergus se giró hacia ella y le apartó unos mechones de pelo de la cara.

–¿Te encuentras mejor?

¡Se encontraba mucho peor teniéndolo tan cerca! Le temblaban las piernas y las manos y le costaba respirar.

Tragó saliva.

–No, la verdad es que no –contestó rezando para que no se diera cuenta de lo nerviosa que estaba.

–Quizás, te sentirías mejor si te soltaras el pelo –sugirió él quitándole las cuatro horquillas que lo sujetaban.

El pelo le cayó en cascada sobre la espalda y Fergus lo acarició delicadamente sin dejar de mirarla a los ojos.

Chloe sintió que se le erizaba el vello al sentir sus manos y ver el deseo en sus ojos. Qué sensación.

–No es la primera vez que lo haces, ¿eh? –bromeó.

Fergus negó con la cabeza.

–No recuerdo haberlo hecho nunca, claro que, cuando estoy contigo me cuesta hasta recordar cómo me llamo.

A ella le pasaba lo mismo. Chloe se mojó los labios.

–Fergus…

–Es verdad. Me llamo Fergus… y tú eres Chloe, guapa, sensual y

deseable –dijo él lentamente antes de acercarse a ella y besarla.

Chloe sintió como si se estuviera derritiendo. ¡Nunca había sentido algo así!

Fergus siguió besándola y Chloe gimió de placer echando la cabeza hacia atrás para prolongar aquellos besos ardientes. De repente, sintió otro tipo de calor.

–¿Qué demonios…?

Fergus abrió los ojos y vio que Chloe había tirado el café. Se le había olvidado por completo que tenía la taza en la mano y al levantarla para acariciarlo…

–Lo siento mucho –dijo aliviada porque el líquido se estuviera enfriando rápidamente al atravesar su vestido… y el pantalón de Fergus.

–¡Menudo jarro de agua fría! –comentó él–. Voy por una toalla.

Una vez sola, Chloe cerró los ojos y reposó la cabeza en el sofá. ¡Qué estúpida se sentía! ¿Qué tipo de imbécil se olvida de que tiene una taza de café en la mano? ¿Qué iba a pensar Fergus?

–Aquí estoy –anunció él entrando toalla en mano y procediendo a secarle el vestido, que no hacía más que pegársele a la piel.

¿Podían ponerse peor las cosas?

–Me temo que el vestido ha quedado fatal –comentó Fergus tras secarlo lo mejor que pudo–. Te lo vas a tener que quitar.

¡Sí, sí podían ponerse peor!

Chloe dudó.

–No creo que tarde en secarse…

–No digas tonterías –dijo Fergus levantándose y tendiéndole la mano–. Tienes que quitártelo y darte una buena ducha de agua caliente.

–No, no, de verdad –le aseguró levantándose–. Lo que tengo que hacer es irme.

Fergus entornó los ojos.

–Creí que te ibas a quedar a dormir…

¡Chloe sabía muy bien lo que él creía, pero no iba a suceder!

–Me duele mucho la cabeza, Fergus –insistió con determinación sin mirarlo a los ojos.

No dejaba de mirarla.

Obviamente, estaba decidiendo si había la más mínima posibilidad de convencerla para que se quedara. ¡Estaba perdiendo

el tiempo!

–Muy bien –dijo al final–. Te acompaño al coche –añadió fríamente.

Chloe no necesitó mirarlo para saber que estaba muy enfadado.

–Gracias –contestó yendo a la cocina para recoger el bolso y las llaves–. ¿Quieres que comamos esta semana? –sugirió mientras iban hacia la puerta.

No quería volver a verlo el fin de semana porque estaba segura de que Fergus iba a querer acostarse de nuevo con ella. Era mucho más seguro verse entre semana y solo para comer.

–Puede –contestó abriéndole la puerta del coche.

Chloe se dio cuenta de que la respuesta era, más bien, negativa.

¿Debería haberse quedado…? ¿Tal vez hubiera podido sacar el tema de nuevo de su libro?

Desde luego, Fergus no parecía estar de humor para que le confesara que solo había querido conocerlo para rogarle que no escribiera sobre el escándalo que le había costado a su padre la dimisión ocho años atrás. Fergus tenía una cita con Peter Ambrose el miércoles. Sabía que no tenía mucho tiempo…

–¿Te llamo?

Fergus la miró enfadado.

–No sé si te habrás dado cuenta, Chloe, de que prefiero llamar yo –contestó.

Chloe sonrió tímidamente.

–Pero si no tienes mi número.

–No.

Chloe se dio cuenta de que, ni lo tenía ni lo quería tener. Le había tocado las narices de verdad.

De todas formas, era un poco arrogante, dando por hecho que iba a pasar la noche con él. Arrogante o no, eso era lo que había creído y no le estaba haciendo ninguna gracia que se fuera.

–Muy bien –dijo sin querer discutir–. Muchas gracias por la cena. Ha estado muy bien.

–Pero si no la has probado –dijo él enarcando las cejas.

Chloe se encogió de hombros.

–Lo que he probado, me ha gustado.

Fergus no se quitaba y Chloe no podía cerrar la puerta. ¿Qué estaba haciendo?

–¿Qué te parece el martes a la una en Chef Simon? –dijo por fin.

Chloe se dio cuenta de que, muy a su pesar, Fergus seguía intrigado con ella.

¡Bien!

Aquella comida quería decir que todavía tenía una oportunidad de hablar con él antes de la cita del miércoles con Peter Ambrose. ¡Puede que fuera la última oportunidad, de hecho!

También quería decir que Fergus tendría la misma oportunidad para hablar con ella sobre Peter Ambrose antes de verlo al día siguiente. Era obvio que quería saber más de su relación.

Nerviosa, decidió que el martes tendría que contárselo todo si no quería ganarse su antipatía.

¡Si es que no lo había conseguido ya!

Capítulo 6

Qué tal está la encantadora Chloe?

Fergus se sentó junto a la ventana del despacho de su primo Brice y ni se inmutó.

–¿No debería preguntar?

Fergus miró a su primo, que estaba dando los últimos toques al cuadro de Darcy que le iba a regalar a Logan en cuanto volvieran de su luna de miel.

Fergus llevaba dos horas allí, sin hablar, mientras Brice trabajaba. ¡En todo aquel tiempo, no había dejado de darle vueltas a la cabeza!

–No deberías preguntar –contestó mirando por la ventana de nuevo.

¿Qué se creía Chloe que estaba haciendo?

Llevaba veinticuatro horas preguntándose lo mismo. ¡Faltaba menos de una hora para volverla a ver para comer y seguía sin encontrar respuesta!

Estaba convencido de que no se había acercado a hablar con él aquel sábado por casualidad. Tampoco que se hubiera acostado con él. Entonces, ¿por qué lo había hecho?

–¿Quieres que hablemos de ello, Fergus? –le preguntó Brice preocupado.

¿De qué? ¿Qué vería Brice que no hubiera pensado ya él?

Estaba claro que Chloe se había puesto a hablar con él y se había acostado con él por algo. Estaba claro que le había mentido. ¿Por qué?

Se le ocurrió algo que le hizo avergonzarse.

Chantaje…

Hizo una mueca de disgusto y lo olvidó.

–Ya está –comentó Brice con orgullo–. Ven a verlo, Fergus –añadió apartándose del cuadro que acababa de terminar.

Fergus se levantó y se acercó al lienzo, encantado de tener otra

cosa en la que pensar. Desde luego, el retrato era una obra maestra. No en vano su primo era uno de los pintores más brillantes del momento.

–A Logan le va a encantar.

–Eso espero –contestó Brice mirándolo a él fijamente–. ¿Otro de los Tres Incasables está a punto de morder el polvo? –aventuró.

Fergus dio un respingo ante semejante sugerencia.

–¡Cómo se te ocurre! –ladró. No estaba enamorándose de Chloe Fox en absoluto. ¡Lo que quería era estrangularla!

Brice enarcó las cejas.

–No sé… –contestó con escepticismo–. Nunca te había visto así por una mujer.

–¿Así cómo?

Su primo se encogió de hombros.

–Llevas horas sin abrir la boca y, en cuanto he mencionado a Chloe, te has puesto de un humor de perros.

Fergus arrugó el ceño.

–¿Y eso quiere decir que me estoy enamorando de ella? –bromeó.

Brice sonrió.

–Quiere decir que te importe mucho más que las demás mujeres con las que has estado en tu vida.

Sí, era cierto, pero, cuanto más pensaba en ella, más nervioso se ponía. ¿Por qué había querido conocerlo? Tras días dándole vueltas, la única respuesta que se le había ocurrido era que a Chloe le encantaba acostarse con famosos. Sin embargo, acababa de cambiar de opinión. La nueva respuesta que se le había ocurrido no era mucho mejor que la primera.

¡El verdadero problema era qué iba a hacer!

Suspiró y negó con la cabeza.

–Me tengo que ir, Brice –dijo mirando el reloj. La una menos cuarto. Se había pasado buena parte de la mañana decidiendo si ir a comer con ella o no. Le pareció que hacerla esperar un cuarto de hora era suficiente para darle un buen escarmiento.

–Dile hola de mi parte.

–Seguro–sonrió Fergus sin hacerle ni pizca de gracia.

–Es muy joven, Fergus.

¡Era lo suficientemente mayor!

–¿Por qué me dices eso?
–Porque es evidente que estás enfadado con ella.
–¡Te quedas corto!
–Exacto –dijo Brice enarcando las cejas.
Fergus lo miró exasperado.
–¡No la voy a estrangular en Chef Simon, Brice! ¡Demasiados testigos!
Brice sonrió.
–Sería una pena dañar ese precioso cuello –comentó.
Fergus sonrió. Sí, era preciosa, pero también mentirosa y manipuladora. Lo de manipuladora, bueno, pero lo de que le mintiera no podía consentirlo.
–Tendré tu consejo en cuenta –dijo Fergus dispuesto a marcharse.
–Me cayó bien –dijo su primo.
Fergus no dijo nada antes de salir de casa de Brice. ¡Sí, a él también le había caído bien! Había. ¡Ya no estaba seguro de lo que sentía por ella!
Media hora después, al entrar en el restaurante y verla sentada en una mesa sola lo único que pudo pensar era en lo guapa que era.
No lo había visto, así que siguió mirando por la ventana sin sonreír.
¡Debía de creer que la había dejado plantada!
Fergus no sintió la más mínima satisfacción. Estaba tan enfadado que no tenía cabida otro sentimiento en su cuerpo.
Cuando Chloe lo vio y sonrió aliviada, no se le pasó el enfado en absoluto.
–Hola –dijo besándola en la boca con fuerza.
–Hola... –contestó Chloe observándolo mientras se sentaba enfrente de ella.
–¿Qué pasa? Te puedo besar, ¿no? Al fin y al cabo, somos amantes.
Estaba claro que Chloe estaba confundida ante aquel beso. ¡Confundida! Nada, comparado con cómo estaba él. No, ya no quería estrangularla. ¡Sería mucho mejor darle unos buenos azotes en el trasero!

Chloe se dio cuenta inmediatamente de que algo iba mal.

Fergus había llegado quince minutos tarde y muy enfadado. Iba vestido entero de negro y parecía el mismísimo demonio.

¿Cómo iba a hablarle de su padre?

–¡Fergus! –saludó un hombre acercándose a su mesa. Obviamente, era el chef Simon–. Cuando vi la reserva, supuse que eras tú. Cuánto me alegro de verte.

Fergus se levantó educadamente para saludar.

–¿Qué tal la vida de casado? –le preguntó.

Daniel Simon sonrió.

–¡Estupendamente! –contestó mirando a Chloe.

Fergus también se giró y la miró, pero con infinita frialdad, como si la odiara. Era evidente que el viernes, cuando se había ido de su casa, lo había dejado de mal humor, pero entonces no la odiaba. ¿Qué había pasado en aquellos tres días?

Chloe se puso nerviosa al darse cuenta de que algo había cambiado.

–Daniel, te presento a Chloe –se limitó a decir Fergus–. Chloe, mi tío Daniel Simon.

–Encantado –dijo Daniel amablemente estrechándole la mano–. Bueno, perdonadme, pero tengo que volver a la cocina. Espero que disfrutéis de la comida.

Chloe se quedó mirando fijamente a Fergus mientras se sentaba. Tenía la corazonada de que ninguno de los dos la iba a disfrutar demasiado.

Se había esmerado en vestirse bien aquel día, pero Fergus ni había reparado en su traje pantalón azul. Por él, como si llevara un saco.

–¿Qué te pasa, Fergus? –le preguntó al cabo de unos segundos de silencio.

–¿A mí? Nada. ¿Por qué? –contestó él mirándolo con ojos de hielo.

Chloe sintió un escalofrío por la espalda. Fergus se estaba comportando como un perfecto desconocido. Tragó saliva.

–Estás raro…

–¿Y aparte de eso? –dijo él en tono irónico.

Chloe arrugó el ceño.

–No sé…

–No sé a qué te refieres. Creo que no lo sabes ni tú –dijo él en tono insultante antes de ponerse a mirar la carta–. ¿Pedimos?

Chloe se quedó mirándolo de nuevo. No le gustaba nada la mirada desafiante que Fergus le estaba lanzando directa a los ojos.

Era la última oportunidad que le quedaba para hablar con él porque al día siguiente, tras hablar con Peter Ambrose, se iba a enterar de quién era, pero era imposible hablarle de su padre mientras estuviera de ese humor.

–¿Qué quieres, Chloe? –le espetó Fergus de repente.

–Yo… eh… creo que nada –consiguió contestar.

–Me refería a la comida –le aclaró él torciendo el gesto y mirándola con sorna ante el camarero.

–¡Ah! –exclamó ella sonrojándose y mirando la carta–. Un gazpacho y lubina con ensalada –contestó.

–¿Has estado trabajando esta mañana? –le preguntó Fergus en cuanto se quedaron solos.

No había podido. Estaba tan nerviosa ante la comida que no se había podido concentrar en los diseños. Además, tenía la sensación de que a Fergus le importaba un bledo lo que hubiera estado haciendo aquella mañana…

–No mucho –contestó.

–¿Hiciste algo interesante el fin de semana?

Chloe se encogió de hombros cada vez más convencida de que a Fergus no le importaba lo más mínimo lo que hubiera estado haciendo. Sintió como si tuviera una espada sobre la cabeza.

–Nada en especial –contestó encogiéndose de hombros de nuevo–. ¿Y tú? –añadió siguiéndole el juego.

De repente las cosas habían cambiado y ahora era ella la que no se fiaba de él.

–Investigar para mi próximo libro.

–El thriller político –asintió ella. Al menos, la conversación tomaba los derroteros que le interesaban–. ¿Estás escribiéndolo ya? –añadió intentando disimular su interés.

–No –contestó Fergus–. Primero quiero concluir la investigación, tenerlo todo claro.

–No me gustaría ser quien te denunciara por difamación –intentó bromear Chloe sin conseguirlo. Su padre no podía denunciarlo porque nunca se había descubierto quién era el padre

del bebé de Susan Stirling.

–Soy abogado, Chloe, y sé perfectamente hasta dónde puedo llegar. ¿Te interesa la política?

Chloe sintió que se le aceleraba el corazón. ¿Cómo no le iba a interesar la política? Se había criado desayunando, comiendo y cenando política.

–Vamos, te lo estoy poniendo en bandeja –le dijo burlón.

Chloe lo miró y se quedó pálida. Tragó saliva.

–¿Qué quieres decir?

–No me gustan los juegos. Nunca me han gustado –contestó Fergus con frialdad–. Estás dejando el pan hecho un cromo.

Chloe miró el bollo de pan y vio que, efectivamente, lo había convertido en un montón de migas. ¡Y eso que había intentado que no se le notara el interés por el tema!

–Te he preguntado que si te interesa la política, Chloe –repitió Fergus.

–Yo... –intentó hablar, pero parecía que se le hubieran pegado las mandíbulas.

¡Lo sabía! No sabía cómo, pero Chloe estaba segura de que lo sabía...

Fergus se acodó en la mesa, a pocos centímetros de ella.

–¡Vamos, Chloe Fox-Hamilton, contesta! –le dijo entre dientes.

Lo sabía.

–Fergus... –dijo mojándose los labios.

–No sé cómo te enteraste de la trama de mi libro, pero ya me enteraré. Si te crees que por haber salido un par de veces y habernos acostado, voy a cambiar de opinión sobre el tema, estás muy equivocada. ¿Te ha quedado claro? –concluyó con deliberada frialdad.

¡Cómo el agua!

Capítulo 7

El sábado por la noche, la cena del viernes, todo, Chloe lo había hecho por algo. ¡Sí, irse a la cama con él, también!

En el último caso, su orgullo se sentía terriblemente herido. La miró con furia.

–Aparte de seducirme, ¿cuáles eran tus planes?

Chloe parecía sorprendida.

–No te he…

–Venga, por favor –la interrumpió Fergus levantando las manos–. Si eres hija de Paul Hamilton, seguro que tienes un plan en mente.

Chloe se puso roja y lo miró indignada.

–¡No hables de mi padre en ese tono!

La verdad era que padre e hija se parecían. Fergus se fijó en que tenían el mismo pelo oscuro, los mismos ojos azules y cierto parecido en los rasgos faciales.

Chloe era hija del ex ministro Paul Hamilton. Por eso conocía a Peter Ambrose. Por eso Peter Ambrose la conocía a ella. Ahora que sabía quién era en realidad, Fergus pensó que, tal vez, hubiera preferido lo del chantaje.

Llevaba desde el día anterior sin dormir y sin comer, sin parar de recordar los últimos once días. ¡Lo peor era que, cuanto más lo pensaba, más lejana le parecía la posibilidad de gustarle a Chloe! ¡Más bien todo lo contrario!

¡Todavía peor era que a él sí le gusta, le había gustado, y mucho!

Fergus suspiró con fuerza.

–¿Qué quieres de mí, Chloe?

Ella lo miró con lágrimas en los ojos.

–Quiero que dejes a mi padre en paz. Búscate otro protagonista para tu libro. ¿No ha sufrido bastante ya? –le espetó ella.

Fergus tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejarse

conmover por aquellas lágrimas.

–Para la familia de Susan Stirling, no creo…

–¡Mi padre no era el amante de Susan Stirling! –se defendió Chloe con fiereza.

Fergus enarcó una ceja.

–Todo el mundo parece opinar lo contrario…

–¡Me importa un bledo lo que opinen los demás! –lo interrumpió ella–. Mi padre quiere a mi madre, sigue enamorado de ella –añadió con conocimiento de causa.

Fergus hizo una mueca.

–A todos los hijos nos gusta creer que nuestros padres se siguen queriendo.

Chloe lo miró con furia.

–¿Y tú qué sabes? ¡Tus padres están divorciados!… Perdón –dijo tapándose la boca con la mano–. No debería haberte dicho eso.

–No… no deberías haberlo dicho –dijo él en voz baja y peligrosa–. Mira, Chloe, sé que quieres a tu padre y, por eso, crees en su inocencia…

–La admiración y el amor que siento por él no tienen nada que ver –declaró decidida–. Bueno… obviamente algo sí –corrigió ante la risa de Fergus–. ¡La verdad es que nunca estuvo liado con Susan Stirling! –concluyó mirándolo fijamente, como desafiándolo a que volviera a llevarle la contraria.

Fergus le sostuvo la mirada unos segundos. Sentía pena por ella, pero también estaba enfadado por cómo lo había engañado. De repente, también se dio cuenta de que la admiraba por ser capaz de llegar tan lejos por su padre.

–Tómate la sopa –le dijo en tono seco–. Antes de que se enfríe –añadió intentando poner una nota de humor.

Chloe había perdido todo interés en el gazpacho y lo único que hizo fue agarrar la cuchara y darle vueltas.

–Creí que en este país un hombre es inocente hasta que se demuestra lo contrario –murmuró sin dejar de mirar el gazpacho.

–Así es –contestó Fergus.

¡Maldición, estaba llorando otra vez! Fergus veía cómo le resbalaban las lágrimas por las mejillas.

–¿Sabes que mi padre se va a presentar a las elecciones del año que viene?

–Me he enterado hace poco.

–¿Cómo?

–Porque Peter Ambrose tuvo que adelantar la cita que tenía conmigo y, al final, nos vimos ayer –contestó Fergus.

Cuando Peter Ambrose le dijo que Chloe era la hija de Paul Hamilton, había sentido como si le dieran una patada en la boca del estómago. Peter estaba algo perplejo de que fuera tan amigo de Chloe cuando estaba preparando un libro sobre el escándalo que hundió a su padre. Fergus se había quedado tan helado que ni siquiera recordaba exactamente de qué habían hablado después.

Desde entonces, estaba furioso. Todo había encajado en su sitio. La insistencia de Chloe el sábado por la noche, que supiera dónde vivía, su número de teléfono e incluso cómo tomaba el café.

Lo que todavía no sabía era cómo se había enterado del tema de su libro…

–Chloe, ¿quién te dijo que estaba escribiendo este libro?

–¿No vale con que lo sepa y ya está?

–No –contestó Fergus con firmeza–. Solo lo saben mi agente y el director de la editorial –añadió con el ceño arrugado.

–Lo sé y punto, ¿de acuerdo? –contestó ella con inusual agresividad.

No, no estaba de acuerdo. Hasta que ayer había hablado con Peter Ambrose, muy poca gente sabía el tema del libro y, desde luego, no tenían permiso para comentarlo con nadie. Además, Chloe estaba evitando adrede mirarlo a los ojos…

–¿Vas a escribirlo? –le preguntó mirándolo fijamente–. Quiero decir, ahora que sabes que mi padre se va a presentar a las elecciones… –explicó al ver que Fergus enarcaba las cejas.

Sabía que a Chloe no le iba a gustar su respuesta. Toda la trama giraba en torno a aquel escándalo y, además, algo que todavía le iba a gustar menos, él era uno de los que creía que su padre era culpable de lo que había sucedido. No era eso a lo que ella se refería.

–¿No querrás decir, más bien, «ahora que nos hemos acostado»?

Chloe ahogó un grito de sorpresa.

–No… yo no…

–Ya te he dicho que no me gustan los jueguecitos –ladró Fergus con impaciencia. ¿De verdad se creía que iba a cambiar de opinión

sobre el libro por haberse acostado con ella? Sacudió la cabeza. No, Chloe no debía de haberlo pensado demasiado.

–Solo quería hablar contigo –intervino ella en un hilo de voz apenas audible–. Rogarte, si hubiera sido necesario, que no le hicieras esto a mi padre –añadió temblorosa.

–Entonces, ¿por qué intentaste conocerme de forma normal? ¿Por qué no me llamaste por teléfono o concertaste una cita?

–¿Si te hubieran dicho que la señorita Hamilton quería verte habrías accedido?

¡No! ¡Sí! Tal vez… «Quizás», pensó Fergus. Al fin y al cabo, estaba lo suficientemente cerca de Paul Hamilton como para…

¿En qué estaría pensando? Chloe sabía que estaba furioso por su comportamiento, pero eso no le daba derecho a empeorar la situación comportándose como lo estaba haciendo.

–Seguramente sí, por curiosidad –dijo ella como si le estuviera leyendo el pensamiento–. Pero nada más.

A Fergus no le hizo ninguna gracia que supiera con tanta exactitud lo que estaba pensando. No, no le gustaba nada.

–Por eso, decidiste conocerme, mentirme sobre tu apellido, ponerme en una situación comprometida y… ¿luego qué, Chloe? ¿Ibas a chantajearme o algo así? No habría salido muy bien parado si se llega a saber que tenía una relación con la hija de Paul Hamilton, ¿verdad?

Chloe lo miró con infinita pena. Fergus se sintió terriblemente mal por ello.

¡No! No debía flaquear. Chloe había manipulado deliberadamente la situación y no se había preocupado lo más mínimo por él. Si se dejaba llevar, lo único que iba a conseguir era hacer todo lo que ella le dijera…¡Incluso dejar de lado un libro en el que llevaba trabajando meses!

–¿Conoces a mi padre?

–Todavía, no.

–¿Tienes intención de conocerlo antes de empezar a escribir el libro?

–Probablemente –gruñó Fergus. No quería decirle que tenía una cita con su padre el viernes por la mañana. ¡Estaba tan enfadado con ella que quería prolongarle el sufrimiento un poco más!

Chloe asintió.

–Entones, supongo que tendré que esperar…

–¿Quieres decir que, cuando lo conozca, cambiaré de opinión?

–Sí –contestó Chloe con orgullo.

–Me parece que te estás pasando de optimista, Chloe.

–Espera y verás –insistió ella.

–Fuiste demasiado lejos acostándote conmigo –le espetó–. Además, supongo que ya te habrás dado cuenta de que no me acuerdo de nada, así que si pretendes contárselo a la prensa…

–¿De verdad crees que te iba a hacer chantaje? –preguntó Chloe sin poder creérselo.

Fergus la miró con frialdad.

–¿Y si no, qué?

Chloe tomó aire con fuerza bastante enfadada.

–Para que lo sepa, señor McCloud –dijo alzando la voz para que la oyeran todos los presentes–, el sábado pasado no me acosté con usted. Pasé, toda la noche, en la silla que hay en su habitación.

Fergus no se movió, era como si estuviera pegado al asiento. Paseó la mirada por el restaurante. Todos estaban pendientes de ellos, incluso el maître y las camareras.

–Chloe –dijo en voz baja.

–No me acosté con usted, señor McCloud –repitió ella con decisión–. Aunque hubiera querido hacerlo, habías bebido tantísimo champán que habría sido imposible. Llegaste a tu casa y te quedaste dormido, así que dime cómo te iba a chantajear. ¿Te ha quedado claro? –concluyó desafiante.

Más que claro.

–No sé si se han enterado en la cocina –se burló Fergus sabiendo que todo el restaurante lo estaba mirando.

Chloe miró en dirección a la puerta de la cocina, que se acababa de abrir y en la que estaban Daniel Simon y un par de ayudantes.

–Creo que sí –apuntó–. Si me disculpas… –dijo antes de levantarse y cruzar la habitación con el mentón levantado.

Dios, qué guapa era. Impresionante. Parecía una princesa, con los hombros echados hacia atrás, la cabeza alta y la melena cayéndole por la espalda.

–Ven a la cocina –dijo Daniel en cuanto Chloe salió del restaurante y todo el mundo se puso a cuchichear.

Fergus se levantó completamente desorientado y dejó que el

marido de su tía lo llevara al calor de los fogones.

–¿Qué os pasa a los primos escoceses con mi restaurante? –le preguntó Daniel sacudiendo la cabeza nada más cerrar la puerta de la cocina tras ellos–. Bueno, al menos, no te ha tirado el gazpacho por la cabeza antes de irse… –añadió burlón.

–No nos hemos acostado, Daniel –dijo como en trance.

–Eso parece –contestó Daniel.

–Exacto.

¡El hecho de que Chloe lo hubiera anunciado a voz en grito en mitad de un restaurante lleno de gente no le podía haber hecho más feliz!

¿Qué acababa de hacer?

Chloe se dejó caer en el asiento del taxi que acababa de parar para que la llevara a casa. Le parecía sentir el aliento caliente y furioso de Fergus en la nuca.

Miró por la ventana y vio que no la había seguido. ¡No le habría extrañado que lo hubiera hecho porque, al fin y al cabo, acababa de anunciar a bombo y platillo que no había sido capaz de acostarse con ella!

¿Qué se había apoderado de ella para hacer algo así?

La respuesta era sencilla. La ira que le había producido el hecho de que Fergus creyera que lo iba a chantajear por haberse acostado.

Hizo una mueca al recordar las caras de los demás comensales. Menuda la que había armado.

En lugar de ganarse la simpatía y la compasión de Fergus para que no escribiera sobre su padre, lo único que había conseguido era ganarse su antipatía y sus burlas. Lo peor era que parecía más decidido que nunca a escribir el libro.

¡Iba a tener que decírselo a sus padres pronto y no sabía cómo!

Iba a tener que esperar porque sus padres estaban de viaje y no era un asunto como para tratar en las breves conversaciones telefónicas que mantenían por las noches.

Cuando volvieron el jueves por la noche, estaban tan cansados que Chloe decidió que no era el mejor momento. El vienes era el aniversario de boda de David y Penny y habían quedado todos para salir a cenar, así que tampoco sería un buen día. Con un poco de

suerte, el fin de semana…

Chloe sabía que no podía retrasarlo más. Si Peter Ambrose no había hablado con su padre todavía, no tardaría mucho. Chloe prefería contárselo ella. ¡El problema era explicarle de qué conocía a Fergus!

No sabía nada de él. Tampoco lo había esperado desde el numerito de Chef Simon, pero no tener noticias de él no la tranquilizaba en absoluto. Más bien, todo lo contrario.

El vienes por la mañana, al bajar las escaleras para salir a comprar un regalo para su hermana y su cuñado, se quedó de piedra al verlo sentado en la sala de espera.

Ahogó un grito de sorpresa y, pálida, entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí.

–¿Qué haces aquí?

¡Cómo si no lo supiera!

Fergus la miró con calma.

–Siguiendo tu consejo. He venido a conocer a tu padre –contestó arrellanándose en la butaca.

Chloe se sonrojó al recordar las circunstancias en las que le había dado aquel consejo. ¿Qué habría hecho Fergus cuando ella se había ido del restaurante? ¿Habría seguido comiendo o se habría ido? Supuso que lo último.

Desde entonces, había pensado varias veces cómo sería la siguiente vez que se vieran. No le apetecía lo más mínimo y, desde luego, lo último que había imaginado era que iba a ser en su casa.

–Muy bien –le dijo.

Fergus se levantó lentamente y su altura invadió la estancia. Aunque intentaba disimularlo, estaba nervioso.

–He venido a ver a tu padre –repitió–. Su ayudante ha ido a decirle que estoy aquí.

–Fergus –imploró Chloe poniéndole la mano en el brazo–, por favor, no dejes que el odio que sientes por mí influya en tu comportamiento con mi padre.

Fergus entornó los ojos.

–¿Vas a salir? –le preguntó observando que llevaba puesta la cazadora.

–Iba… –contestó no sabiendo qué hacer ahora que sabía que Fergus estaba allí con su padre. Además, no le había contestado–.

¿Por qué?

Fergus se encogió de hombros.

–Por nada. Por si quieres comer conmigo cuando haya terminado de hablar con tu padre.

–¡No creo que nos apetezca! ¿Te parece una buena idea después de lo que pasó la última vez?

Fergus sonrió.

–No te aconsejo que vuelvas a hacer una salida tan dramática. El martes no había periodistas en Chef Simon, pero puede que la próxima vez no tengas tanta suerte.

Era cierto. Había vivido angustiada aquellos días por si alguna columna rosa se hacía eco del incidente, pero, como había dicho Fergus, había tenido suerte.

–Siento mucho lo del martes. Yo… tú…

–Acepto las disculpas, pero no digas más, ¿de acuerdo? Los dos nos pasamos un poco. Daniel me ha dicho que el incidente no le hizo mal al negocio. ¡De hecho, la gente se quedó de sobremesa tomando café y licores para comentar lo ocurrido!

Chloe no se lo podía creer.

–Veo que te lo has tomado bien –comentó.

Fergus se encogió de hombros.

–Supongo que mi fama como amante ha sufrido un poco, pero ¿qué se le va a hacer? Tú…

–Señor McCloud, siento haberlo hecho esperar… ¿Chloe? –su padre la miró con curiosidad–. No sabía que os conocierais.

Chloe miró a Fergus antes de volverse hacia su padre.

–Bueno…

–Chloe y yo somos muy amigos –dijo Fergus mirándola con tranquilidad. Chloe estaba perpleja–. De hecho, la estaba invitando a comer.

Chloe estaba confundida. ¿Qué estaba tramando Fergus? Desde luego, no eran amigos. ¡Si solo hacía dos semanas que se conocían! Si hubiera sido él el que le hubiera hecho lo que ella le había hecho en el restaurante, desde luego, Chloe no lo estaría invitando a comer otra vez.

Lo miró con los ojos entornados antes de dirigirse a su padre.

–Por desgracia, le he tenido que decir que no porque tengo que salir a hacer unos recados –contestó con alegría.

–¿Entonces a cenar? –insistió Fergus.

Chloe sintió que se ponía roja de ira ante su arrogancia.

–Me temo que no, señor McCloud –dijo su padre riendo–. Esta noche, tenemos una celebración familiar. El doce aniversario de boda de mi hija mayor. La única solución que se me ocurre es que, si a usted no le importa compartir a mi preciosa hija con el resto de la familia, venga a cenar con nosotros.

Chloe tuvo que morderse la lengua para no gritar de horror. Miró a Fergus y descubrió con horror que iba a decir que sí.

¿Cómo podía?

¿Cómo se atrevía?

Capítulo 8

Fergus vio claramente en la cara de Chloe que esperaba que rechazara la invitación. ¡Suficiente para que la aceptara!

–Os dejo solos para que lo habléis –anunció Paul Hamilton dándose cuenta de la situación–. Chloe le conducirá a mi despacho cuando hayan terminado de hablar –añadió sonriendo a Fergus.

Este lo observó mientras salía de la habitación. Era exactamente igual que en las fotos, solo que en el papel no se apreciaba la calidez de su mirada ni el orgullo con el que hablaba de su hija…

–Tienes que decir que no –dijo esa hija bastante enfadada–. ¡No me digas que vas a ser tan hipócrita como para aceptar!

Fergus se dijo que le quedaba bien sonrojarse. Estaba todavía más guapa. No sabía si la iba a ver aquel día, pero había rezado para que así fuera. Así, se evitaba el llamarla y tener que sufrir la humillación de que no se quisiera poner al teléfono. Además, quería verla otra vez…

Parecía más joven que nunca, con unos vaqueros y una camiseta. Ni rastro de la sofisticada diseñadora de moda. Estaba estupenda, como siempre.

–No digas tonterías, Chloe. Me tienes por un bestia y un insensible, así que, ¿por qué no añadir hipócrita a la lista?

–Porque… ¡Porque no puedes aceptar! –contestó ella rabiosa.

Fergus sonrió.

–Claro que puedo. Tu padre me acaba de invitar.

–¡Después de hablar contigo, no creo que siga opinando lo mismo!

–Puede ser –dijo Fergus tan tranquilo–, pero seguro que es demasiado educado como para retirar la invitación una vez aceptada y la pienso aceptar.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó Chloe acercándose a la ventana y mirando el exterior–. Eres más canalla y tienes menos principios de lo que creía.

Fergus se mordió la lengua ante el insulto y se dijo que lo estaba haciendo aposta. Quería enfadarlo para que no aceptara la invitación.

Chloe se giró hacia él con los puños apretados y el cuerpo tenso de ira. Fergus sintió unos terribles deseos de besarla.

¡No se atrevió porque estaba seguro de que, si lo intentara, le pegaría!

Se limitó a sonreír.

–Ya le preguntaré a tu padre dónde y a qué hora.

–Fergus, no pienso permitir que salgas a cenar con mi familia. Le tendré que contar a mi padre que…

–¿Qué? –la desafió él–. ¿Qué le vas a contar de nuestra amistad, Chloe? ¿Le vas a contar que fuiste por mí hace dos semanas? ¿Le vas a contar que dormiste en mi casa? No creo –murmuró viéndola palidecer.

–Yo… tú… ¡Te odio! –le gritó.

–Dicen que del amor al odio hay un paso.

A pesar de que parecía calmado, no le hacía ninguna gracia que Chloe lo odiara.

–¡Te puedo asegurar que, en mi caso, hay una distancia insalvable! –le contestó pasando a su lado y abriendo la puerta–. ¡Sin duda, eres el hombre más despreciable que he conocido en mi vida!

Qué joven era. Qué menuda y vulnerable. Fergus quería abrazarla y dejar de hacerla sufrir. ¡No lo hizo porque a ver cómo le explicaba a su padre luego los arañazos de la cara!

–Nos vemos esta noche, Chloe –le dijo.

Ella lo miró furibunda.

–Puede que me dé un fuerte dolor de cabeza y no vaya.

–¿Otro? –se burló Fergus enarcando una ceja–. No creo que le quieras hacer ese feo a tu hermana y a tu cuñado.

Chloe dejó caer los hombros.

–No, claro que no –admitió con infinita pena–. ¡Cómo me gustaría no haberte conocido jamás, Fergus McCloud! –añadió mirándolo a los ojos.

Aquella última frase le dolió a él también y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no salir corriendo tras ella.

Fergus apretó los dientes mientras la veía abandonar la casa.

¡Hubiera preferido un numerito como el del martes! Al menos, entonces, no le había dicho que lo odiaba.

Su partida, por otra parte, lo dejaba completamente perdido. No sabía dónde estaba el despacho de Paul Hamilton y, desde luego, no se podía poner a buscar por toda la casa.

–¿Lo puedo ayudar? Parece usted perdido.

Fergus se dio la vuelta y se encontró con el vivo retrato de Chloe con treinta años más. Por supuesto, era Diana, su madre.

–Señora Hamilton –la saludó educadamente–. Tengo que ir al despacho de su marido, pero me he perdido –añadió sin contarle que Chloe lo acababa de dejar allí tirado.

Diana se rio.

–Esta casa es un poco laberíntica. Venga conmigo.

Fergus la siguió por el pasillo enmoquetado. También había visto fotografías de Diana Hamilton, pero ninguna le hacía justicia, ninguna reflejaba su bondad y su extraordinaria belleza.

–Ah, señor McCloud –dijo Paul Hamilton levantándose de su butaca y mirando a su mujer con amor–. Cariño, ¿le podrías decir a la señora Harmon que nos traiga café?

–Claro –contestó Diana–. Encantada de conocerlo, señor McCloud –añadió con una sonrisa antes de cerrar la puerta e irse.

–Por favor, siéntese –le indicó Paul–. No le he dicho a mi mujer que puede que le volviera a ver esta noche por si mi hija y usted no se habían puesto de acuerdo.

–Sí, al final, voy a ir con ustedes a cenar. Me encanta la idea, pero solo si no soy un intruso.

–Claro que no –le aseguró su anfitrión–. Seis es mejor que cinco.

Aquello de que, inicialmente, fueran a ser cinco dejó a Fergus la mar de satisfecho. Eso quería decir que no había nadie en la vida de Chloe lo suficientemente importante como para invitarlo a cenar con su familia.

Tras conocer a Paul Hamilton y a su mujer, Fergus empezó a sentirse mal. Sobre todo porque comenzó a preguntarse si Paul sería capaz de serle infiel a una mujer tan bella como Diana…

Se atrevió. Así lo comprobó Chloe al verlo entrar en el salón donde estaba reunida la familia tomando una copa de champán

antes de salir hacia el restaurante.

No tenía ni idea de cómo había ido su entrevista. Solo había visto a su padre unos minutos cuando había vuelto de hacer las compras y no parecía muy preocupado.

¡Ella sí que lo había estado desde que su progenitor le dijera que había quedado con Fergus en casa a las ocho!

–Por favor, sonríe –le indicó con una copa en la mano y tremendamente guapo–. Tu familia va a creer que no querías que viniera.

Chloe lo miró sin disimular su hostilidad.

–Exacto –le espetó.

Fergus se rio levemente.

–Vamos a intentar no fastidiarles la noche a tu hermana y a su marido –le dijo inclinándose para darle un beso en la mejilla–. Disimula –añadió sin darle tiempo de reaccionar.

–No intentes utilizarme para llegar a mi padre y a mi familia –le advirtió furiosa.

–¿No crees que deberías presentarme a tu hermana y a su marido?

–No.

–Chloe, por si no te acuerdas, te había invitado a cenar esta noche. Lo de acabar cenando con tu familia ha sido completamente fortuito.

–¿Ah, sí? –se burló ella.

–Sí –contestó él agarrándola con fuerza del antebrazo–. No soy así, me da igual que me creas o no.

¡Estaba tan enfadada con él que no podía ni pensar!

No tenía derecho a estar allí, con su familia, como si fueran amigos. Eso era lo que más le dolía. A pesar de lo que él dijera, la estaba utilizando.

–Casi no –contestó con frialdad dejando la copa de champán en la mesa más cercana.

Fergus miró la copa extrañado.

–Creía que no bebías…

–¡Por alguna extraña razón, me parece que esta noche lo voy a necesitar! –ladró–. ¡De hecho, me voy a servir otra! –añadió tomando la copa y cruzando la estancia hacia su padre, que estaba rellenándole la copa a su hermana.

Diez años mayor que Chloe, Penny se parecía más a su padre. Era alta y elegante, llevaba el pelo como un chico y los tres embarazos que había tenido no habían arruinado su estupenda figura en absoluto.

–Doce años, Penny –bromeó Chloe decidida a no estropear la noche de su hermana y su cuñado–. ¡En breve, te van a dar la medalla al mérito!

Penny se rio y sonrió a su esposo, que se dirigía a hablar con Fergus.

–¿Y tú cuándo te piensas casar? –le preguntó Penny a su hermana pequeña.

Chloe tuvo que hacer un gran esfuerzo para que no se le borrara la sonrisa de la cara de un plumazo. Maldito Fergus. ¿No se había dado cuenta de que su sola presencia había disparado las especulaciones en su familia? ¿No le importaba? No, claro que no.

–No sé si eso del matrimonio es para mí –contestó Chloe encogiéndose de hombros.

–Todos decimos lo mismo… ¡Y luego nos enamoramos perdidamente! –exclamó su hermana.

–Yo, no –le aseguro Chloe decidiendo que ya era hora de interrumpir la conversación que Fergus estaba manteniendo con David. Sin saberlo, su cuñado podía estar contándole cosas íntimas de la familia.

Al llegar junto a los dos hombres, David le sonrió con amabilidad.

–No tenía ni idea de que conocieras a un escritor tan famoso, Chloe –le reprochó mirándola como preguntándose si Fergus sería la razón por la que la había pillado entrando en casa el sábado por la mañana vestida como la noche anterior y con los zapatos en la mano.

¿O serían imaginaciones suyas? ¿Le remordía la conciencia?

–Una siempre tiene ciertos secretos que no le cuenta a la familia –contestó con alegría.

–Pero ya no soy ningún secreto –apuntó Fergus.

Chloe se estremeció al sentir su brazo sobre los hombros en un claro movimiento de posesión.

«Olvídate, Fergus McCloud», pensó. Una cena, solo una cena, y fuera de su vida.

–¿Nos vamos para el restaurante? –propuso aprovechando que dejaba la copa en la mesa para librarse de las garras de él.

Al mirarlo, él le devolvió la mirada con sorna.

–Creo que han dicho que nosotros vayamos en mi coche. Los demás van en el de tu padre –le informó con obvia satisfacción.

¿Quién lo había dicho? Ella no había oído nada.

–¿Te parece bien, Chloe? –le preguntó David como notando algo raro.

–Sí, sí, claro –contestó pensando que, así, tenía oportunidad de dejarle muy claro a Fergus lo que estaba dispuesta a consentirle aquella noche. Eso de hacer ver que estaban juntos, por ejemplo, era realmente inadmisible.

Se quedó de piedra al ver que el coche de Fergus era exactamente igual que el suyo, pero en plateado.

–Curioso, ¿verdad? –sonrió él abriéndolo.

–No –contestó ella montándose–. ¡Esto solo demuestra que tienes gustos para ciertas cosas!

–Solo en ciertas cosas, ¿eh? –rio él.

Chloe ni se molestó en responderle. Permaneció en silencio mientras Fergus maniobraba para colocarse detrás del coche de su padre y seguirlo hasta el restaurante.

Eso no quería decir que no le quitara el ojo de encima. ¡No quería admitirlo, pero así era!

¿Por qué? ¡Era el último hombre por el que debía sentirse atraída!

Lo cierto era que se sentía atraída por él. La mitad del enfado que tenía aquella noche era consigo misma por no haberle podido quitar el ojo de encima desde que había aparecido en su casa. Había sido como si todas sus terminaciones nerviosas se hubieran electrizado con su presencia.

–¿En qué piensas? –le preguntó él.

Chloe rezó para que no se le notara lo que estaba pensando. No, era imposible.

–Me estaba preguntando qué veneno será el que cueste más detectar mezclado con la comida –contestó con ironía.

Fergus se rio.

–No te he dicho lo guapa que estás, ¿verdad? –dijo con admiración.

–¡Te advierto que la galantería no te va a llevar a nada! –le espetó ella.

Sin embargo, no pudo evitar sentirse orgullosa de que sus esfuerzos por estar bien aquella noche hubieran surtido efecto.

–No estoy intentando llegar a ningún sitio, Chloe –le aclaró Fergus–. ¿Te importaría dejar las hostilidades para otro día para que podamos disfrutar de la cena con tu familia?

¡De eso nada! No pensaba bajar la guardia con él cerca. No solo por lo que quería hacerle a su padre…

¡Temía que se había enamorado del enemigo!

Capítulo 9

No soy el enemigo, Chloe –le dijo Fergus dándose cuenta de que así lo debía de ver–. De hecho, me gustaría hablar luego contigo a solas. Quiero proponerte algo.

–¿Qué? –preguntó Chloe sorprendida.

Fergus sonrió ante su perplejidad.

–No te preocupes. Es una propuesta, no una proposición. Una sugerencia. Una idea que se me ha ocurrido y que nos podría beneficiar a los dos.

–¿Por qué me da la impresión de que no me va a gustar tu idea?

–¿Quizás porque no te gusta nada que viene de mí?

–Si tú lo dices… –apuntó Chloe mirando por la ventana.

Fergus no pudo evitar sonreír ante su candidez. Claro que, bien pensado, no lo había desmentido. ¿Tanto le desagradaría? No la podía culpar por ello, pero no por eso le gustaba la idea.

–A tu padre sí le caigo bien –comentó.

–Ya –admitió Chloe–. ¿Por qué será?

–Seguramente porque, cuando le dije que iba a escribir un thriller político, no le comenté nada de Susan Stirling –confesó Fergus.

Chloe dio un respingo y lo miró estupefacta.

–No te entiendo.

Él, tampoco. No del todo. Aunque le había conmovido la certeza con la que Chloe había defendido la inocencia de su padre, no era de fiar ya que era su padre.

Sin embargo, al conocer a Paul Hamilton, que era la bondad personificada, no había tenido valor para sacar a relucir el escándalo que le había costado el puesto hacía ocho años. Sobre todo porque Paul estaba como loco por volver a la política.

También era consciente de que tanto su mujer, Diana, como su hija Chloe le habían impedido hacer daño a aquel hombre…

–Quiero esperar a conocerlo mejor, ¿vale? –confesó con

impaciencia.

Chloe no apartaba los ojos de él, como si quisiera leer algo más en su expresión. De eso, nada. Antes de dedicarse a la literatura, había ejercido cinco años de abogado y sabía esconder perfectamente sus emociones.

Además, no estaba muy seguro de cuáles eran sus emociones en aquellos momentos. Por una parte, estaba enfadado consigo mismo por haberse acobardado durante la reunión con Paul Hamilton aquella mañana, pero, por otra, sabía que, si no hubiera tomado aquella decisión de última hora, no estaría en aquellos momentos con Chloe.

–Muy considerado por tu parte –dijo ella por fin cero impresionada.

–Eso creo yo también –contestó él. De momento, no pensaba ir más lejos–. Lo importante es saber si tú estás dispuesta a hacer lo mismo.

–¿Sobre qué?

–Sobre la cena, por supuesto. En lo que respecta a tu familia, esta noche vengo a cenar con vosotros única y exclusivamente como tu pareja. ¿Podríamos dejarlo así de momento?

–Eso depende, en realidad, de ti, ¿no?

Fergus suspiró.

–¡No me gustaría tener que contestar a preguntas embarazosas delante de tu madre! –exclamó Fergus dispuesto a no ofender por nada del mundo a la adorable Diana.

–¡Supongo que debo darte las gracias por ello! –contestó Chloe disgustada.

Fergus se rindió. Era imposible seguir razonando con ella, así que se concentró en seguir al coche de su padre hasta el restaurante. Estaba contento de que Chloe no le hubiera contado a su familia por qué quería ver a su padre. ¡Si lo hubiera querido hacer, ya lo habría hecho!

No hacía falta pasar mucho tiempo con ellos para darse cuenta de que los Hamilton eran una familia muy unida. Fergus se dio cuenta en la mesa. Se hablaban todos con cariño y respeto.

Él había crecido con la amistad de sus primos y el afecto taciturno de su abuelo, pero no había tenido comidas familiares como aquella, repleta de bromas y risas.

Se estaba dando cuenta de por qué Chloe había intentado interceder por su padre. ¡Aunque el método que había elegido no hubiera sido el más acertado!

–Mi marido me ha comentado que está usted escribiendo un thriller político, señor McCloud –comentó la señora Hamilton con interés.

Fergus no necesitó mirar a Chloe para sentir su tensión ante aquella pregunta. Maldición, ¿es que no le había creído cuando le había asegurado que solo había ido para cenar con ellos? Obviamente, no.

–Por favor, llámeme Fergus –contestó sonriendo a su madre–. Bueno, todavía no he empezado. Estoy en la fase de investigación –añadió.

–¿Hay que investigar mucho?

Fergus se encontró la mar de relajado hablando con Diana. Sin duda, era la mujer perfecta para un político. Tenía la cualidad de hacer que el interlocutor se sintiera tranquilo hablando con ella y de mostrar interés por lo que le estaba contando.

–Por Dios –le dijo Chloe diez minutos después, tras haber agotado su conversación con David–. Mi madre te ha preguntado solo por educación. No hacía falta que le contaras con pelos y señales la investigación que estás llevando a cabo.

Fergus se quedó mirándola varios segundos hasta hacerla enrojecer.

–Eso está mejor –murmuró satisfecho–. ¿Prefieres que hable con tu madre de otras cosas? –añadió mientras los demás hablaban de política.

–¡Preferiría que no hablaras con ella de nada!

–Imposible, dadas las circunstancias –contestó Fergus–. Además, me cae bien tu madre. Nunca le diría nada fuera de tono.

–Yo… eh… tú… ¡Cómete las gambas! –murmuró Chloe dejando el tenedor sobre el plato. Se le habían quitado las ganas de acabarse los chanquetes que había pedido de primer plato.

Fergus se acercó a ella y le agarró una mano.

–Tranquila, Chloe –le aconsejó amablemente–. Esta noche no soy Fergus McCloud el escritor.

–Entonces, ¿quién eres? –le espetó ella.

–¿Fergus McCloud, el amante? –sugirió él enarcando una ceja

burlón.

Chloe se puso como un tomate.

–Ya te he dicho que no…

–Ya, ya… me refería al futuro.

Chloe se quedó sin palabras y Fergus, de lo más satisfecho. Sin embargo, retiró la mano de entre las suyas y la escondió bajo la mesa, lo que ya no le hizo tanta gracia.

–La verdad es que eres de lo más dulce, Chloe –se rio.

–¡Me hablas como si tuviera diez años! –protestó ella.

Fergus sonrió.

–A veces, te comportas como si los tuvieras. Bueno, no muchas –se corrigió viendo que Chloe iba a protestar de nuevo–. Las próximas semanas podrían ser muy divertidas… –añadió enigmático.

¿Qué había querido decir con eso?

¿Y con aquello de «me refería al futuro»?

¿Se creía que iba a seguir viéndolo mientras él recopilaba información para machacar a su padre? ¡Se debía de haber vuelto loco!

Era imposible que fuera tan bestia.

Obviamente, estaba encantado con el ambiente que había entre su familia y le había creído cuando le había dicho que le caía bien su madre. Sin embargo, nada de aquello podía hacerle olvidar que iba a escribir un libro que iba a destrozar a su familia otra vez.

A lo mejor, sí que era tan bestia…

Chloe estaba intrigada por la propuesta que le había comentado en el coche. Si tenía algo que ver con seguir viéndose, iba listo. No podía aceptarla.

Que no quería decir que no le apeteciera hacerlo…

La viva sensación que había experimentado al verlo aparecer en su casa, seguía allí. Estaba completamente pendiente de él, de todo lo que hacía y decía. ¡Todavía le quemaba la mano que le había tocado hacía unos minutos!

La verdad es que había sentido incluso celos de que hablara y sonriera a su madre.

¿Aquello era estar enamorada? ¿Sentir celos de tu madre porque

el hombre del que estás enamorada habla con ella más fácilmente que contigo? ¿O era porque sabía que Fergus no la quería?

¿Qué bien le haría a ella o a cualquiera de los dos que él también estuviera enamorado de ella? Eso no cambiaría que Fergus tenía el poder para destrozar a su familia y eso no se lo podría perdonar jamás.

–Te has puesto seria de repente –le comentó Fergus–. ¿En qué piensas?

En lo mismo en lo que llevaba pensando las dos últimas semanas… ¡En él!

–Mis pensamientos, gracias a Dios, siempre han sido míos y solo míos.

Fergus asintió.

–No me había parado a pensarlo antes, pero no ha tenido que ser especialmente fácil crecer bajo la atenta mirada de todos porque tu padre se dedicara a la política.

–Creí que no ibas a hablar de ese tema hoy –le contestó resentida.

–No dije que no fuera a hablar de ti –suspiró Fergus.

Chloe sonrió sin ganas.

–Soy hija de mi padre.

Fergus sonrió con sorna.

–¡Eres mucho más que eso!

–¿De verdad? –dijo Chloe enarcando las cejas. Pues no lo sabía. Al menos, no para él.

Fergus la miró con los ojos entornados.

–¿Sabes lo que me gustaría hacer en estos momentos?

Chloe lo miró sin saber si quería saberlo.

–Darme una zurra en el trasero –aventuró.

–Eso no estaría mal –admitió Fergus sonriendo–, pero mi abuelo nos educó para respetar a las mujeres. ¡No creo que le gustara que fuéramos por ahí zurrándoles la badana!

Chloe sonrió.

–Me cae bien tu abuelo.

–Es un viejo diablo, pero seguro que le caerías bien –sonrió Fergus–. No, lo que me apetecería hacer es besarte –añadió como si tal cosa–. ¡Para dejarte inconsciente o, al menos, para que te callaras!

–¡A veces, es la única manera de conseguir que una mujer no diga nada más! –se rio Paul Hamilton.

Chloe se giró y vio que toda su familia estaba pendiente de ellos. Se puso como un tomate y se preguntó cuánto tiempo llevarían escuchando. ¡Obviamente no mucho porque estaban sonrientes y, si hubieran oído sus primeras acusaciones, no lo estarían!

–Por favor, papá, lo último que necesita Fergus es que lo animen –comentó intentando quitar hierro al asunto y disimular el tembleque que tenía ante la insinuación de besarla hasta dejarla inconsciente.

–Ya veo –contestó su padre encantado.

A medida que fue transcurriendo la noche, Chloe se dio cuenta de que toda su familia estaba encantada con Fergus.

La verdad era que tenía un buen repertorio de historias graciosas, era encantador y atento con todos. ¡El invitado ideal, vamos!

–¿Qué te pasa ahora? –le preguntó mientras la llevaba a casa después de cenar.

Chloe salió del ensueño en el que llevaba unos minutos.

–¿Lo quieres saber de verdad?

–Siempre es preferible…

Chloe suspiró.

–Estaba pensando que ojalá fueras cualquier otra persona menos la que eres –confesó.

Fergus la miró muy serio.

–¿Te importaría explicármelo, por favor?

Chloe no estaba segura de cómo hacerlo sin confesar lo enamorada que estaba de él.

–La verdad es que me caes muy bien –comentó con cautela.

–Cuidado, Chloe. ¡No te pongas demasiado efusiva!

Lo miró con impaciencia.

–No te preocupes… no es mi intención. Me caes bien y, en otra situación, incluso puede que me gustara verte, pero…

–Ya te he dicho antes que no soy el enemigo –la interrumpió.

–¿No te das cuenta de que, para mí, sí?

–También te dije que quería hablar contigo –le recordó Fergus apretando el volante–. ¿Se te ocurre algún sitio donde podamos ir a hablar tranquilamente?

Chloe se quedó pensativa un minuto. A su casa no porque iban a estar todos, pero ir a casa de Fergus estaba fuera de lugar. Dependería de él para que la llevara a casa después de haber hablado.

–Déjame en casa para recoger mi coche y vamos a tu casa –contestó–. ¿Podemos hablar tranquilamente allí?

–Claro. He dicho que me gustaría besarte hasta dejarte inconsciente, pero eso no quiere decir que lo vaya a hacer.

–Tampoco vas a tener la oportunidad –le aseguró.

Fergus la miró con los ojos entornados por un momento antes de volver a concentrarse en la carretera.

La tranquilidad de la cena se había esfumado para dejar paso, de nuevo, al enfado.

Chloe no podía evitarlo. Debía mantener las distancias con aquel hombre. No tenía opción. ¡Aunque cuánto le hubiera gustado no tener que hacerlo!

Llegó a casa, dio las buenas noches a los demás, agarró las llaves del coche y se fue a casa de Fergus, que la había dejado allí y se había alejado completamente furioso. De hecho, cuando le abrió la puerta, estaba muy desagradable.

–¿Brandy? –le preguntó una vez en el salón sirviéndose uno para él.

–No. Tengo que conducir. Gracias –contestó Chloe sentándose.

–Bueno, me gustaría que me escucharas sin interrumpirme y que no te pusieras a la defensiva por lo que te voy a decir.

–Eso dependerá de lo que digas.

Fergus comenzó a pasearse por la habitación. De repente, se paró y la miró.

–Sé quién te contó lo de mi libro.

Chloe no apartó la mirada, pero se quedó pálida.

–¿Cómo te has enterado?

–Por eliminación. Mi agente habló con el editor, pero no le contó mucho, así que por ahí no iban los tiros. Bernie, mi agente, puede ser muchas cosas, pero, desde luego, no es indiscreto. Tiene una ayudante y una secretaria. La primera, Stella Whitney, es tan ambiciosa como Bernie y no me pega que le gusten los cotilleos. Eso solo deja a la secretaria.

A Chloe le costaba respirar, sentía el corazón en la boca.

–No tuve que indagar demasiado para descubrir que Victoria Pelman es tu prima, hija de la hermana de tu madre.

Chloe tragó saliva y se mojó los labios. Recordó cómo estaba de mal su prima cuando, cinco semanas atrás, la llamó para comer. Obviamente, tenía que contarle algo aunque sabía que era un secreto profesional y que no debía hacerlo. Al final, la lealtad familiar había podido con su discreción. ¡Menos mal!

–¿Qué pretendes hacer con esa información?

–¿Tú qué crees que debería hacer con ella?

Lo que, de verdad, le gustaría a ella sería que Fergus se olvidara de todo, pero no creía que fuera posible.

–Victoria lo hizo de buena fe –dijo defendiendo a su prima.

–No cuestiono sus motivos –le espetó Fergus.

Chloe se levantó porque se sentía en inferioridad de condiciones estando sentada.

–Si tú o uno de tus primos descubriera algo que pudiera hacer daño a tu familia, ¿qué habría hecho?

–Exactamente lo mismo que Victoria –admitió Fergus–. Desgraciadamente, eso no soluciona el dilema que tenemos ante nosotros, ¿verdad?

No, claro que no. Eso Chloe lo sabía. Se estremeció.

–Te lo repito. ¿Qué piensas hacer ahora que lo sabes?

¡Qué tonta había sido al creer que podría proteger a Victoria!

–Seguro que tu prima y tú os lo habéis pasado en grande hablando de mi vida privada…

–No lo hemos hecho. Bueno, no como tú te crees…

–Me parece que saber cómo tomo el café se puede considerar mi vida privada, ¿no? –ladró Fergus.

–No digas tonterías –contestó Chloe molesta–. Eso fue porque Victoria te ha preparado café muchas veces cuando vas a hablar con tu agente.

–¡Puede, pero mi dirección y mi teléfono sí que son detalles de mi vida privada!

–No utilicé esa información hasta después de haberte conocido en la discoteca.

–Eso es cierto –admitió Fergus.

–¿Hace cuánto que lo sabes?

–Un par de días.

–¿Y qué quieres, Fergus?

–¿Qué te hace pensar que quiera algo?

Chloe sonrió sin ganas.

–¡Venga ya! ¡Dejé de creer en los Reyes Magos y en el Ratoncito Pérez hace muchos años! Suéltalo ya, Fergus –le exigió segura de que no le iba a gustar nada.

–Quiero que me ayudes a hacer la investigación para mi libro –contestó él.

Chloe lo miró fijamente. ¡No podía decirlo en serio!

Fergus le devolvió la mirada con la misma seriedad, sin inmutarse. ¡Sí, lo decía en serio! ¡Muy en serio!

Capítulo 10

Al ver que alzaba la mano, Fergus se dio cuenta de que Chloe le iba a pegar!

Levantó la mano y le agarró la muñeca.

–No lo hagas –le advirtió.

Chloe forcejeó con él completamente furiosa.

–¡Canalla! Urdiendo intrigas…

–¿Yo?

–…Chantajeándome…

–Alto ahí, Chloe –le espetó apretándole la muñeca–. ¡No digas nada de lo que te puedas arrepentir!

Chloe lo miró con la respiración acelerada.

–¡No me voy a arrepentir!

–¡No sé cómo has entendido mi propuestas aunque, por tu reacción, me lo imagino! No te estoy ofreciendo mi silencio sobre Victoria a cambio de información sobre tu padre y Susan Stirling –le aclaró Fergus furioso–. ¡Si quisiera pedirte algo a cambio de no decir nada sobre tu prima, te aseguro que te pediría algo mucho más íntimo!

Chloe se quedó de piedra. ¡Qué guapa estaba!

–¡Me parece que pedirme que traicione a mi padre ya es bastante! –exclamó.

–No quiero que traiciones a tu padre –dijo él con impaciencia–. Demonios, Chloe, no me lo estás poniendo fácil.

Chloe lo miró fijamente. Sus caras estaban a tan solo unos centímetros.

–Y nunca lo haré –le aseguró.

No era el momento y Fergus lo sabía. Solo contribuirá a dificultar más la situación, pero no pudo evitarlo. La besó.

Chloe se quedó quieta unos segundos sin poder reaccionar. Fergus la agarró de la cintura. Para cuando quiso quitárselo de encima, él ya la había agarrado de la cabeza y se lo impedía. Se

movió todo lo que pudo para soltarse, pero fue en vano.

Fergus se sintió más vivo que nunca con aquella mujer entre sus brazos y se deleitó en besarla.

Llevaba toda la noche observando cómo hablaba y se reía con su familia y deseando que con él también fuera así, pero sabía que no era posible. Por mucho que ella se empeñara en negarlo, estaba claro de que ella también quería besarlo. Ya no oponía resistencia. Lo besaba con la misma pasión que él a ella mientras deslizaba los dedos entre su pelo y apretaba sus pechos contra su torso.

Fergus la deseaba. Quería hacerle el amor. Quería tumbarla sobre la alfombra y perderse en su cuerpo.

Sin embargo, sabía que, si lo hacía, sería lo que ella le acusaba de ser. Peor: la perdería para siempre.

No le resultó fácil dejar de besarla. De hecho, fue probablemente lo más difícil que había hecho en su vida. Pero lo hizo. Le puso las manos en las mejillas para no correr el riesgo de que se deslizaran hasta sus pechos… ¡Entonces, sí que no habría podido parar!

–Quiero que trabajes conmigo, Chloe –le dijo–. No contra tu padre sino para él –continuó al ver que ella no decía nada.

–No te entiendo –murmuró.

–No quiero juzgarlo sin tener pruebas. Tú defiendes que tu padre no estaba liado con Susan Stirling…

–No lo estuvo.

–Y que no era el padre de su hijo –continuó Fergus con decisión–. Bien, pero alguien tuvo que ser. Obviamente. Si conseguimos descubrir quién…

–¿Nosotros? –preguntó ella sorprendida.

Fergus se apartó. No podía pensar con claridad teniéndola tan cerca.

–Quiero hacer un trato contigo. Si descubrimos que era otro hombre, admitiré que me había equivocado, ¿de acuerdo?

Chloe lo miró fijamente.

–¿Y si no descubrimos al «otro hombre», al que estaba liado con Susan? –le preguntó en tono de burla–. Porque, claro, si la policía no pudo encontrarlo…

Fergus lo sabía, pero no se le ocurría otra solución. Si encontraban a aquel hombre, Chloe dejaría de odiarlo.

–La has llamado Susan. ¿La conocías?

–Pues claro. Trabajaba con mi padre. Se pasaba el día en mi casa.

A Fergus no se le había ocurrido aquello. ¡De hecho, no se le habían ocurrido muchos aspectos de aquel asunto! Deseó que jamás se hubiera cruzado en su vida.

Claro que, entonces, no habría conocido a Chloe…

–¿Qué te parecía?

Chloe lo miró enfadada.

–Tenía quince años. ¿Qué querías que pensara de ella?

–Bueno, con quince años, ya eres una persona hecha y derecha.

–Estaba interna todo el curso y Susan… bueno, ella tenía treinta años. ¡Me parecía una vieja!

Fergus sonrió. ¡Probablemente él, con treinta y cinco, también se lo parecería!

–Seguro que tenías una impresión sobre ella –insistió.

–De acuerdo –suspiró Chloe con impaciencia–. Era guapa, muy guapa, la verdad. ¿Eso es lo que querías saber?

No especialmente. Eso ya lo sabía. Lo que le interesaba era saber qué tipo de persona era.

–No me has contestado, Fergus. ¿Qué pasa si no hay otro hombre?

¡Fergus esperaba que aquello no sucediera! Aunque la trama de su libro se fuera al garete, Chloe no sufriría.

–Vamos a trabajar dando por hecho que lo hay.

–De vamos, nada, Fergus. No pienso ayudarte a destrozar la carrera política de mi padre.

–Esa no es mi intención –le contestó él enfadado–. ¡Estoy intentando ayudarlo, no machacarlo!

Aparte de poder pasar más tiempo con ella y demostrarle que no era tan malo como ella creía.

–No te puedo ayudar, Fergus –apuntó Chloe.

¡Mira que era cabezota aquella mujer!

–¿Y qué pasa con Victoria?

–No lo sé, pero no puedo ayudarte.

–No digas que no puedes. No quieres, que es muy diferente. Porque no confías en mí, ¿verdad? Ese es el problema.

–No tengo muchas razones para confiar en ti, la verdad… –contestó ella tras unos segundos apartando la mirada.

–Pues anda que tú me has dado muchas para confiar en ti –apuntó él–, pero creo que está claro que confío en ti. Si no, no estaría ofreciéndote que investigáramos juntos.

–Me lo propones para que te ayude a ganarte la confianza de mi familia, para engañarlos…

–Maldita sea. ¡Pero si no he dicho nada de tu familia!

–No hace falta. ¿Cómo ibas a averiguar la verdad si no? No, Fergus. ¡Te aseguro que, si quisiera hacer de Sherlock Holmes y estuviera buscando un Dr. Watson, tú no serías el elegido!

–Te equivocas, Chloe. Yo soy Sherlock Holmes –la corrigió con decisión.

Chloe sonrió con tristeza.

–¿Ves? No nos pondríamos de acuerdo, ni siquiera, en eso…

–¡No tenemos por qué estar de acuerdo en todo para descubrir la verdad! –insistió Fergus–. La verdad os hará libres –citó.

–Algunas verdades hay que creerlas con fe ciega, el tipo de fe que tengo en mi padre.

Fergus no pudo discutirle aquello. De hecho, aquella misma fe le había hecho cuestionarse su juicio sobre Paul Hamilton cuando lo había conocido. Se había tambaleado su creencia de que era un caso más de arrogancia por parte de un político que se saltaba las normas a la torera.

–¿No sería mejor para la vuelta de tu padre al mundo de la política que todo este asunto se investigara, se aclarara y se olvidara? –propuso Fergus intentando otro enfoque.

–No, sería mejor que nadie removiera lo que no se ha revuelto durante ocho años –contestó Chloe con determinación.

–Eso no quiere decir que se hubiera olvidado –apuntó Fergus con cautela.

–Te sigo diciendo que no, Fergus –insistió Chloe–. Lo siento, pero así tiene que ser.

–No, de eso nada. Es así porque tú quieres que lo sea. Mira, Chloe, lo voy a hacer con o sin ti. Hubiera preferido que fuese contigo.

Chloe lo miró con los ojos como platos.

–¿Vas a seguir con la investigación?

No podía dejarla. Aunque accediera a no escribir el libro, sabía que, si quería seguir viendo a Chloe, tenía que aclarar aquel asunto.

–No tengo opción –contestó amablemente.

–¡Sí que la tienes, pero no la quieres! –exclamó ella disgustada–. ¡Debería haberme dado cuenta de qué tipo de hombre eres la noche que te conocí! –añadió mirándolo fríamente.

Fergus apretó los puños ante su tono insultante y decidió no dejarse provocar.

–Ya lo sabías. Victoria te lo dijo, ¿recuerdas?

Chloe se puso roja como un tomate.

–Me voy. No creo que tengamos nada más que decirnos.

Fergus no dijo nada aunque él sí que tenía cosas que decir, pero no era el momento. Chloe estaba demasiado enfadada como para escucharlo.

–Te acompaño a la puerta –se ofreció educadamente.

–¿Para cerciorarte de que, esta vez, me voy?

No hacía falta que le recordara que había pasado una noche en su casa y él no se había dado ni cuenta. ¡Llevaba dos semanas tirándose de los pelos por ello!

–Preferiría que no te fueras, pero…

–Adiós, Fergus –se despidió Chloe con una sonrisa agridulce mientras se montaba en el coche.

Fergus sintió que se le encogía el corazón ante aquella despedida tan tajante.

–Buenas noches, Chloe –enfatizó–. Seguro que nos vemos pronto.

A ella no pareció gustarle mucho la idea. Deseó que, cuando sucediera, tuviera buenas noticias que darle…

–¿Desde cuándo conoces a Fergus McCloud?

Chloe miró a David con el ceño arrugado.

–¿Cómo dices? –dijo a la defensiva en cuanto oyó su nombre.

Llevaba tres días, desde la cena familiar, temiendo que alguien le preguntara por su relación con él. Sus padres no habían abierto la boca. Tal vez, porque creían que era algo serio y querían que fuera su hija la que se lo contara cuando lo estimara oportuno. Con su hermana no había vuelto a hablar desde el viernes, pero era obvio que había hablado con su marido del tema.

–Te he preguntado desde cuándo conoces a Fergus McCloud –repitió su cuñado.

Chloe dejó el lápiz sobre la mesa de diseño y sonrió.

–¡Unas semanas, así que dile a Penny que no se compre la pamela todavía! –contestó fingiendo alegría.

Había pasado tres días malos. Aparte de por el temor de que su familia le preguntara por Fergus, preguntándose ella cómo llevaría el propio Fergus la investigación. ¿Debería haberle dicho que sí, que estaba dispuesta a ayudarlo? ¡Tal vez, habría sido mejor saber lo que estaba haciendo que quedarse allí a ciegas!

David no sonrió.

–He contestado a una llamada telefónica porque tu padre no está. Era el consejero del líder de la oposición –le dijo preocupado–. Quería decirle algo a tu padre personalmente. Por lo visto, Peter Ambrose cree que hay algo importante que tu padre debe saber sin que pase por los canales oficiales.

Chloe sintió un nudo en el pecho.

–¿Sí?

¡Su padre, Fergus McCloud y Peter Ambrose en la misma conversación solo podía querer decir una cosa!

David la miró con gravedad.

–No quiero hacerte sufrir, Chloe, pero Fergus McCloud no fue sincero completamente con tu padre cuando vino a verlo el otro día. ¡Se le olvidó decirle que el thriller político que va a escribir va a contar la historia del escándalo de Susan Stirling!

–Querrás decir, el supuesto escándalo de Susan Stirling. Todos sabemos que la versión que corre por ahí no es la verdadera.

–¿De verdad? Maldita sea, Chloe. ¿Por qué no nos contaste las intenciones de ese hombre? –le preguntó exasperado–. ¿Por qué has dejado que me tenga que enterar por otros? ¿No te das cuenta de que te está utilizando para tener acceso a tu padre?

Aquello no era estrictamente cierto. Dudaba mucho de que Fergus se hubiera aproximado a ella si no hubiera sido ella la que hubiera insistido en conocerlo. No podía decírselo a David. Ya estaba suficientemente enfadado con ella.

Se levantó nerviosa, como si fuera una niña pequeña a la que regaña el profesor.

–Claro que me doy cuenta –le espetó–. ¿Por qué te crees que no le he vuelto a ver?

David se tocó la frente.

–¿Desde cuándo conocías sus intenciones? Parecer ser que Peter te vio cenando con él hace un tiempo.

–Hace solo una semana –le corrigió irritada–. ¿Qué más da desde cuándo sé lo del libro? –dijo no queriendo meter a Victoria en más líos–. El hecho es que quiere escribirlo.

–Habrá métodos legales para…

–Fergus es abogado, David –le dijo con seriedad–. Sabe perfectamente dónde está el límite entre realidad y ficción para evitar que lo demanden por difamación. Aquí el verdadero problema es decidir quién se lo va a decir a mi padre.

No había querido hacerlo para no romperle la burbuja de felicidad en la que vivía. ¡Estaba tan ilusionado con su vuelta a la política! Ahora que Peter Ambrose sabía lo que pasaba, Chloe no creía que quisiera que su padre siguiera presentándose por su partido.

Maldito Fergus McCloud.

–Yo se lo diré –anunció David–. Supongo que, luego, querrá hablar contigo.

Era de esperar aunque no sabía qué le iba a decir.

–¿Has dicho que has dejado de ver a Fergus?

–Por supuesto.

–¿Crees que es buena idea?

–¡A ver si te decides, David! ¿Qué quieres?

–¡No lo sé! –contestó su cuñado pasándose los dedos por el pelo–. No puedo pensar con claridad. Creí que estaba olvidado, que el pasado estaba enterrado…

–¿Junto con Susan Stirling?

David la miró sorprendido.

–Eso no ha sido muy bonito por tu parte…

Chloe se encogió de hombros.

–Perdón. Antes has dicho que dudabas de la relación de mi padre con Susan. ¿Sabes algo que los demás no sepamos?

David la miró con dureza.

–¿A qué te refieres?

–Lo sabes perfectamente –contestó Chloe sintiendo náuseas–. Siempre has estado muy unido a mi padre. Puede que te haya contado cosas que no ha podido contar a nadie más…

–Chloe, tu padre nunca, escúchame bien, jamás tuvo una

relación con Susan Stirling –le aseguró David.

Chloe respiró aliviada.

–Aun así, le tenemos que contar lo del libro.

–Todavía, no. Me gustaría hablar primero con Fergus.

–A mí no me ha hecho ni caso y no creo que te lo haga a ti.

–Puede, pero tengo que intentarlo. Tu padre es un buen político y ya se ha sacrificado bastante por todo este lío.

Era cierto y Chloe no pudo evitar sentir agradecimiento por lo que David iba a hacer aunque sabía que no le iba a servir de nada.

Claro que Fergus les había ofrecido una manera de solucionar aquello… por lo menos, se la había ofrecido a ella…

–¿Puedes esperar unos días? Me gustaría intentar por última vez hacerlo entrar en razón antes de que nadie más se meta –le pidió.

–¿Y qué le digo a Peter Ambrose mientras tanto?

–Que la situación está controlada –contestó cruzando los dedos para que así fuera una vez que hubiera hablado con Fergus de nuevo.

Sabía que tenía pocas posibilidades…

Capítulo 11

Fergus estaba cenando solo cuando lo interrumpió el timbre. No es que estuviera disfrutando del maravilloso pastel de carne que le había dejado preparado Maud, pero no le apetecía ver a nadie.

Después de lo del viernes con Chloe, el fin de semana había sido un desastre y la semana tampoco había empezado bien.

Gruñó ante la insistencia del timbre. Claro, su coche no estaba en el garaje sino delante de la casa, así que era obvio que estaba dentro.

¡En otra situación, le habría encantado encontrarse a Chloe en su puerta, pero, después de lo que había averiguado, era la última persona a la que quería ver!

Estaba guapísima, claro, y sonriente.

–¿Sigues enfadado conmigo o me vas invitar a pasar?

Fergus abrió más la puerta para que entrara. No estaba enfadado con ella, pero, sabiendo lo que sabía, dudaba de cómo reaccionar…

–Cualquiera diría que estamos los dos de luto –apuntó Chloe una vez en el salón observando que los dos iban de riguroso negro.

–¿Qué puedo hacer por ti?

Chloe se mojó los labios algo nerviosa.

–Traerme una taza de café estaría bien –sugirió–. ¿Te importa que me siente?

–Tú misma. No te estaba ofreciendo un café, la verdad, pero no pasa nada. Ahora te lo traigo.

¡Y, luego, tendría que irse porque Fergus tenía mucho que pensar y no podía hacerlo con ella cerca!

Una vez en la cocina, se preguntó para qué habría ido a verlo y qué debía decirle.

–Veo que estabas cenando –se disculpó ella a sus espaldas–. No quería asustarte –añadió viendo el respingo que había dado Fergus–. Por favor, sigue comiendo antes de que se te enfríe.

–No tengo hambre –contestó él agarrando la bandeja con el

café–. Vamos al salón, ¿de acuerdo?

Chloe lo miró intensamente mientras él le servía el café.

–¿Te pasa algo, Fergus?

¡De todo! ¡Deseó no haberse metido jamás en aquello!

–No –contestó sentándose frente a ella–. ¿Por qué has venido?

–Tendría que haberte llamado antes de venir –dijo ella mordiéndose el labio inferior.

Fergus deseó que no lo volviera a hacer porque lo volvía loco de deseo.

–Bueno, ya estás aquí –le dijo rezando para que Chloe no se diera cuenta de cuánto la deseaba.

Chloe tomó aire.

–Peter Ambrose ha llamado a mi padre, no de forma oficial, para hablarle del argumento de tu libro.

Fergus volvió a desear no haberse metido a escribir aquel libro, sobre todo porque, a la luz de la información que tenía en aquellos momentos, Chloe iba a sufrir de todas formas. ¡Y lo iba a odiar más que nunca!

–¿Sí? –suspiró pensando que bastante había tardado Peter.

Chloe dejó el café en la mesa con manos temblorosas.

–Todavía podemos parar todo esto, Fergus –dijo mirándolo con ojos suplicantes.

De eso nada. Ya era demasiado tarde. La situación se le había escapado de las manos y era como una bola de nieve rodando ladera abajo y ganando volumen.

Fergus se echó hacia delante en la butaca mientras buscaba las palabras adecuadas.

–Chloe, ¿no puedes hablar con tu padre? ¿No le podrías decir que no es el mejor momento para volver a la política?

¡Ni entonces ni nunca si lo que había descubierto era cierto!

Chloe lo miró con los ojos muy abiertos.

–¿Porque tú quieras escribir un libro?

–No…

–¿No te parece que estás siendo un poco egoísta? –lo acusó–. Eres escritor, seguro que tienes muchas más ideas en la cabeza…

–Te agradezco tu confianza en mi capacidad creativa, pero me temo que…

–¡Qué esta es la historia que quieres escribir! –lo interrumpió

levantándose irritada–. Fergus, te lo suplico, si quieres me pongo de rodillas, para esto, por favor –añadió con lágrimas en los ojos.

Fergus deseó poder hacerlo, deseó que dependiera de él, que estuviera en su mano, pero la visita de aquella tarde lo hacía imposible…

–Chloe, tu padre tiene que saber que, cuando vuelva a la política, el pasado lo perseguirá… aunque yo no escriba el libro –intentó explicarle.

–Sí, lo sabe, pero, ¿no te das cuenta de que tu libro va a convertir el asunto en un bomba sensacionalista? Haré lo que quieras, Fergus –añadió–. ¡Lo que tú quieras, cualquier cosa, pero no escribas el libro!

Fergus sintió náuseas sabiendo que en veinticuatro horas, como mucho cuarenta y ocho, Chloe lo iba a odiar con saña. Y, cuando pensara en lo que le acababa de ofrecer, lo iba a odiar todavía más.

La miró de arriba abajo de forma deliberadamente insolente. La vio sonrojarse. Mejor hacerle daño entonces que luego.

–Parece que tienes una opinión muy alta de tu belleza, preciosa –le dijo.

–Eres un…

–Deja de insultarme, Chloe –le advirtió levantándose. De repente, se le había ocurrido algo, pero, para poder hacerlo, Chloe tenía que irse de su casa. Ya–. Me parece que no tenemos nada más que decirnos, ¿verdad?

Chloe palideció.

–¡No sé cómo pensé que podía conseguir algo si me dirigía a tu parte buena! ¡Obviamente, no la tienes! –exclamó ella recogiendo las llaves del coche de la mesa–. ¡No sé cómo puedes dormir!

La verdad era que no podía. No por tener remordimientos de conciencia, como Chloe creía, sino porque se pasaba las noches pensando en ella.

–Ya sabes que duermo a pierna suelta –le recordó refiriéndose a aquella primera noche. ¡Una noche que no conseguía quitarse de la cabeza!

Habían dormido en la misma habitación, algo que nunca volvería a ocurrir…

–Si no te importa –dijo mirando el reloj. Solo eran las siete y media. Tenía tiempo. ¡Ojalá!–. Tengo una cita –añadió esperando

que fuera cierto tras realizar una breve llamada telefónica.

Tras la desesperada visita de Chloe, sabía que no podía quedarse sentado sin hacer nada. Aunque él no pudiera parar la bola de nieve, debía intentar encontrar a alguien que sí pudiera. ¡Si no era demasiado tarde ya!

–Perdona por hacerte perder el tiempo –le dijo Chloe entre dientes yendo hacia la puerta.

–Has sido tú la que has perdido el tiempo –contestó él.

–Eso ya lo veo –añadió ella mirándolo con rabia.

Fergus mantuvo la pose dura hasta que Chloe hubo salido de su casa. Cuando vio alejarse su coche, se derrumbó. No podía permitírselo. Tenía cosas que hacer, gente a la que ver…

Pero, primero, tenía que llamar por teléfono.

¿Por qué Fergus la ponía siempre de tan mal humor que hacía que se olvidara de todas sus buenas intenciones y dotes persuasivas?

¡Y acababa llorando siempre que se separaba de él!

Mientras se alejaba en su coche, lloró amargamente de rabia porque sabía que había fallado, que nada podría hacer que Fergus publicara el libro que iba a terminar con su familia.

¡Y, además, se había ofrecido a él solo para verse brutalmente rechazada!

Tendría que decirle a David al día siguiente que no tenían opción, que había que contarle a su padre lo que estaba sucediendo porque sería mucho peor que se enterara por otros.

Pensar en volver a casa y sentarse a cenar con sus padres sabiendo lo que sabía… No podía. Además, después del episodio con Fergus, no tenía hambre.

Al aparcar el coche delante de la casa de Penny y David, comprobó que las luces estaban encendidas. Los niños estarían todavía despiertos. Le haría bien verlos. ¡Mucho mejor que intentar fingir normalidad ante sus padres!

–Hola –la saludó su hermana–. Llegas justo a tiempo de ayudarme a bañar a este diablo –añadió acariciándole el pelo a su hijo pequeño–. Hoy vamos con un poco de retraso. David se ha tenido que ir de repente.

Chloe prefería que su cuñado no estuviera. El hecho de que él supiera todo y su hermana nada podría haber sido un poco incómodo.

–Te ayudo encantada –sonrió tranquilizándose.

Su hermana era una madre de lo más organizada. Se encargaba de todo lo que tuviera que ver con los niños, desde los deberes a los baños, las comidas, llevarlos al colegio, a clases de natación, de equitación, les hacía fiestas. David no solía estar allí para ayudarla, pero ella podía con todo.

Aquella casa feliz y acogedora fue como un bálsamo para Chloe.

–¿Quién es ese Fergus tan guapo? –le preguntó su hermana mientras desvestía a Josh para meterlo en la bañera.

–Nadie. Sea guapo o no, no es nadie.

–A mí me cayó muy bien.

–Demasiado arrogante y dominante para mi gusto.

–Qué pena.

–¿Quién es Fergus? –preguntó Josh jugando con la espuma.

Penny se rio.

–Me había olvidado de que los pequeños tienen grandes orejas. Solo es un amigo de la tía Chloe –le explicó a su hijo mientras le daba champú en el pelo.

¡Precisamente amigos, no! ¡Nunca lo habían sido!

–La tía Chloe tiene novio –les anunció Josh a sus hermanos mayores al entrar en la cocina–. Se llama Fergus.

–¿Te vas a casar con él? –preguntó Diana emocionada ante la posibilidad de ser dama de honor, que era su sueño.

¿Casarse con Fergus? ¡Antes preferiría tirarse a los leones! Al menos, ellos atacaban rápida y certeramente.

–Me temo que no, cariño. ¡Hoy en día, le das un beso a un supuesto príncipe y se convierte en rana!

Diana se rio y le preguntó qué cuento le iba a leer en la cama. Era la suficientemente mayor como para leer sola, pero le gustaba que su tía le leyera cuentos y a ella le encantaba hacerlo.

–¿Es eso cierto? –le preguntó su hermana media hora después, cuando todos los niños estaban durmiendo y ellas, tomando un té en el salón–. Digo lo del príncipe que se convierte en rana –le recordó riendo.

–Me temo que sí –contestó Chloe–. Me voy a dedicar de lleno a

mi trabajo. ¡Es mucho más de fiar y no contesta mal!

–Me alegro de no tener que ponerme a buscar pareja hoy en día. ¡Parece que las cosas se han puesto difíciles!

–¿Por qué no aprovechas y vas a darte un baño? –le propuso viendo el agotamiento de su hermana–. Yo me voy a tener que ir.

–Sí, es una buena idea –sonrió Penny–. Gracias por ayudarme con los niños. Dales un beso a papá y a mamá.

Chloe no tenía prisa por llegar a casa. Ya había pasado la hora de la cena. Un alivio.

¡Al llegar a su casa, vio el coche de David y el de Fergus! ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

¡Era obvio!

Ahora ya sabía por qué David había tenido que salir corriendo de casa.

Aparcó el coche y entró corriendo. Hacía hora y media que se había ido de su casa. Probablemente, ya era demasiado tarde. Su padre ya sabría todo.

–Hola, cariño –la saludó su madre muy contenta dejando a un lado la revista que estaba leyendo en el salón–. No sabía dónde estabas. De todas formas, no hemos cenado todavía porque tu padre no sé qué cosas se trae entre manos.

¡Chloe lo sabía perfectamente!

Fergus debía de estar con su padre y David en el despacho. ¿De qué estarían hablando? ¿Qué habría decidido hacer su padre?

¡Maldito Fergus!

–¿Hace cuánto que ha llegado Fergus? –le preguntó a su madre como si tal cosa intentando controlarse para no irrumpir en el despacho de su padre e increparlo.

–Una hora o así. Creía que venía a verte a ti, pero quería ver a tu padre. No le estará pidiendo tu mano formalmente, ¿no? –bromeó su madre–. ¡Qué divertido!

Chloe no creía que Fergus estuviera pensando, precisamente, en matrimonio en aquellos momentos…

–Lo dudo mucho. También está David, ¿no?

–Llegó unos minutos después que Fergus –contestó su madre–. Todo esto resulta un tanto misterioso.

Para Chloe, no, pero no podía contarle nada a su madre. Bastante había sufrido ya. Así que se quedó charlando con ella. Los

minutos le parecían horas. ¡Mientras esperaba a que los tres salieran del despacho, deseó ser bebedora!

Una media hora más tarde, oyó las voces masculinas en el pasillo. Se levantó rápidamente y fue a la puerta.

Los tres tenían expresiones graves. El primero era David, luego Fergus y el último su padre. David estaba pálido de tensión y Fergus la miró distante. Le dio igual. El que la preocupaba era su padre. Parecía diez años mayor. Estaba abatido.

Miró a Fergus acusadora y sintió deseos de pegarle.

–No digas nada –le advirtió agarrándola del brazo–. Acompáñame al coche.

No era una petición sino una orden. Intentó soltarse, pero no pudo.

–Vamos –insistió Fergus.

Chloe lo miró con desprecio y fue hacia la puerta.

–¡Espero que estés satisfecho! –le espetó furiosa una vez fuera.

–No mucho –contestó él.

–Entonces, ¿por qué lo has hecho? –le preguntó con la voz rota–. Qué pregunta… Los dos sabemos por qué. Dios mío, ¿qué va a hacer mi padre ahora?

–Creo que deberías preguntárselo a él, ¿no?

–Nunca te perdonaré esto, Fergus –le espetó con lágrimas en los ojos–. ¡Nunca!

–Ya me lo imaginaba –admitió él.

–Espero que tu libro sea un completo fracaso –añadió presa de una pataleta infantil–. ¡Te lo mereces!

Fergus la miró con tristeza.

–Normalmente, nadie tiene lo que se merece.

–Tú, desde luego, no –contestó Chloe con asco–. ¡No te quiero volver a ver en la vida!

–Eso también me lo imaginaba –repitió él–. Puede que, algún día…

–Nunca –lo interrumpió con decisión.

–Entonces, no creo que tengamos nada más que decirnos, ¿no? –dijo abriendo el coche–. Cuando estés más calmada, habla con tu padre. No sé si querrá contártelo todo, pero habla con él, ¿de acuerdo?

Pues claro que iba a hablar con su padre. ¡No hacía falta que

Fergus McCloud se lo dijera!

–Adiós, Chloe –se despidió montándose en el coche.

–Adiós, Fergus –contestó ella furibunda.

Despreciaba a aquel hombre. Era un egoísta que solo pensaba en su libro. No le importaba el daño que le pudiera hacer a su padre.

Lo odiaba por haberla dejado suplicarle aquella misma noche. Y, luego, había ido a ver a su padre. Obviamente, no significaba nada para él.

Sin embargo, mientras observaba cómo se alejaba, sintió algo más y supo que, a pesar de todo el mal que les había hecho, lo seguía queriendo.

¡Y aquello le rompía el corazón!

Capítulo 12

Para mí, muchachito, hay dos soluciones a tu problema.

Fergus miró irritado a su abuelo, que se estaba tomando un whisky antes de comer. Había ido a verlo a Londres, como hacía una vez al mes y estaban en casa de Fergus. Al menos uno de ellos estaba disfrutando del whisky. Fergus llevaba más de una semana sin disfrutar de nada.

–¿Problema? –preguntó con el ceño fruncido.

Su abuelo asintió. Era un hombre de ochenta años, distinguido, de pelo cano e inusual agilidad para su edad.

–Una es que te cases con la muchachita y la otra que te olvides de ella. ¡Si me permites que te lo diga no parece que te esté resultando fácil poner en práctica la segunda!

Fergus lo miró con ceño arrugado.

–¿Qué muchacha… eh… chica?

–Bueno, ayer cené con Brice…

–Y mi querido primo te habló de Chloe –dijo Fergus pensando que aquella era la última vez que le presentaba a su chica a Brice. ¡Si se podía decir que Chloe había sido su chica en algún momento!

–Chloe… ¿Se llama así? Es bonito –comentó su abuelo–. Aunque, según lo que me contó tu primo, no tan bonito como ella.

Decir que Chloe era bonita era quedarse muy corto…

–Es muy guapa –dijo Fergus.

–¿Y…?

–¡Y nada! –contestó levantándose–. Chloe es guapa, simpática, con sentido del humor…

–¿Casada?

–¡Claro que no! –exclamó Fergus indignado–. Aunque como si lo estuviera porque está fuera de mi alcance.

–Brice decía que se había quedado a dormir contigo… –apuntó su abuelo con suavidad.

Fergus tomó aire con fuerza.

–Brice es un bocazas –ladró.

–Lo que pasa es que está tan preocupado por ti como yo.

–No tenéis de qué preocuparos, de verdad –le aseguró.

Aunque los últimos diez días, en los que no la había visto, habían sido los más largos de su vida. No comía, ni dormía y, desde luego, no podía trabajar. Solo podía pensar en qué estaría haciendo Chloe. ¿Habría hablado su padre con ella? Si lo había hecho, seguro que lo odiaba hasta límites insospechados…

–Creo que eso me corresponde a mí decidirlo –dijo su abuelo con firmeza levantándose para rellenar los vasos–. Háblame de ella.

–Pero si lo acabo de hacer.

Su abuelo sacudió la cabeza con impaciencia.

–¿Quién es? ¿Qué hace? ¿Por qué no está a tu alcance?

Fergus se dio cuenta de que la última pregunta era la que verdaderamente interesaba a su abuelo.

–Se llama Chloe Fox-Hamilton y es diseñadora de moda –contestó escuetamente.

–Fox-Hamilton… –repitió su abuelo–. ¿Tiene algo que ver con el político?

–Ex político –lo corrigió Fergus–. Es su hija –añadió a la defensiva suponiendo que su abuelo conocía el escándalo de hacía ocho años.

–Mal asunto aquel –murmuró su abuelo dejando ver que lo recordaba–. Así que es la nieta de Willie Fox-Hamilton, ¿eh?

Fergus lo miró con los ojos como platos.

–¿Conoces al abuelo de Chloe?

–Y a su padre, también –le confirmó su abuelo–. Bueno, cuando era pequeño. Solían venir a cazar a la finca –le explicó. Arrugó el ceño–. Un poco antes de que llegarais vosotros. Así que es la nieta de Willie… –repitió con interés–. ¡Si se parece a su abuelo, no me extraña que estés teniendo problemas con ella!

Chloe no le estaba dando problemas. ¡El problema era que le había infligido tanto daño que no quería volver a verlo!

–Yo…

En ese momento, Maud llamó suavemente a la puerta y entró.

–La señorita Fox-Hamilton está aquí y quiere verlo –anunció educadamente.

–Fuera de tu alcance, ¿eh? –comentó su abuelo divertido.

Fergus se sonrojó.

–No sé…

–Por favor, no te molestes en decir que no estás en casa –dijo Chloe entrando en el salón y quedándose helada al ver que Fergus no estaba solo–. Espero no haber interrumpido.

–Claro que no, muchacha –contestó el abuelo de Fergus.

¡Él no podía ni hablar!

Se quedó mirándola y se dio cuenta de que aquellos días tampoco debían de haber sido fáciles para ella. Estaba tan delgada que parecía que se fuera a romper, bailaba en los vaqueros y la blusa le estaba un par de tallas grande. Estaba demacrada y tenía ojeras.

Fergus se entristeció al pensar que él había contribuido a todo aquello…

–Como a mi nieto se le ha comido la lengua el gato –apuntó su abuelo cuando Maud se hubo retirado–, me presentaré yo mismo. Soy Hugh McDonald –añadió ofreciéndole la mano.

–Nieto…–repitió Chloe incómoda estrechándosela–. Será mejor que vuelva en otro momento.

–¡No! Quiero decir… no –dijo por fin Fergus presa del pánico. ¿Cómo se iba a ir sin decirle para qué había ido a verlo?–. A mi abuelo no le importa que comamos un poco más tarde, ¿verdad? Vamos a mi despacho. Allí podremos hablar tranquilamente.

–Claro, claro –contestó su abuelo amablemente–. A no ser que la señorita Fox-Hamilton quiera quedarse a comer con nosotros… –la invitó.

–Eh… no, gracias –contestó Chloe sonrojándose–. Solo he venido a hablar un momento con Fergus, pero me tengo que ir rápidamente.

–Bueno, entonces, nada. Encantado de conocerla… Chloe, ¿no?

–Eh… sí –contestó ella mirando a Fergus inquisitivamente–. Encantada de conocerlo, señor McDonald.

–No creo –contestó el hombre divertido–. Dale recuerdos a tu padre de mi parte.

Fergus cerró los ojos al notar los de Chloe sobre él. ¿No podría haber dicho otra cosa su abuelo?

Chloe estaba furiosa. Se debía de creer que su abuelo le había dicho aquello con sarcasmo.

–¡Chloe…! –exclamó Fergus agarrándola del brazo.

–¡Menos mal que era información confidencial! –le soltó indignada–. ¡Bueno, ya que le has contado a todo el mundo lo que le vas a hacer a mi familia cuando hayas publicado tu maldito libro, no veo la necesidad de ir a tu despacho para hablar en privado! –añadió con la respiración acelerada–. ¡Eres muchas cosas, Fergus, pero no pensé que fueras rencoroso!

–No lo soy… –contestó él.

–¿Cómo que no? –lo interrumpió ella–. Mi padre ha decidido dejarlo todo e irse a vivir a Mallorca. David se va a hacer cargo de los negocios. Como van a vender la casa, ya no tendré dónde vivir en Londres, así que me voy a París…

–¿A París? –repitió Fergus atónito–. ¿Cuándo?

–¡Cuanto antes! –le espetó Chloe–. Pensé que te gustaría saberlo… ¡No que yo me vaya a París, por supuesto, sino la situación de mi familia! Has ganado, Fergus –ladró asqueada.

Fergus sacudió la cabeza. Chloe se iba de Londres. Se iba a París.

–No era una batalla, Chloe –le dijo.

–Claro que sí. El famoso Fergus McCloud contra el infame Paul Hamilton.

–¿Has hablado con tu padre como te dije que hicieras?

Chloe negó con la cabeza.

–No quiere hablar del tema con nadie. Ni siquiera con mi madre. Ha tomado una decisión y no hay nada que hacer.

Fergus sabía que así era, pero ¿qué podía hacer él? Si Paul Hamilton había tomado su decisión, él no podía meterse. No podía contarle a Chloe la verdad que había descubierto.

–Bueno, Fergus, ya sabes lo que querías saber. Ahora, ya me puedo ir –dijo con sorna dándose la vuelta y saliendo de la habitación.

–No te quedes ahí como un bobo –le dijo su abuelo–. ¡Ve tras ella!

¿Para qué? ¿Qué podía decirle? Había hecho un trato con su padre. Paul Hamilton le había pedido que no le dijera nada a su hija sin su permiso y estaba claro que no se lo había dado.

–Sí, desde luego, es nieta de su abuelo –opinó Hugh–. Y Brice tenía razón. Es muy guapa. Si tuviera cuarenta años menos, sería yo el que saldría corriendo tras ella.

–¡Pero no los tienes! –exclamó Fergus furioso sin saber qué hacer.

Por supuesto que quería ir tras ella, pero sabía, como había sabido diez días antes, que él no podía cambiar las cosas. Paul Hamilton había decidido irse a Mallorca. Era su decisión y tenía derecho a tomarla.

–¿No vas a ir tras ella? –le preguntó su abuelo enfadado ante su falta de reacción.

–¡Abuelo, no te metas en lo que no te llaman!

–Muy bien. No sé de qué iba todo eso que te ha dicho, pero lo que sí sé es que yo nunca dejaría que una muchacha como Chloe saliera de mi casa en su estado.

De su casa y de su vida porque se iba a París. La capital de la moda. Su nuevo hogar…

Chloe estaba temblando tanto que no podía recorrer la pequeña distancia que la separaba de su coche. Se apoyó en la pared de casa de Fergus y deseó que el mundo dejara de darle vueltas.

Había ido a verlo por última vez porque no podía más, pero había sido un error. El último de una larga lista en lo que a él se refería.

–¡Chloe! –exclamó él apareciendo de repente a su lado y agarrándola del brazo–. No llores, por favor.

–No estoy llorando –contestó ella dándose cuenta de que sí estaba llorando–. Es que se me ha metido un bicho en el ojo –añadió a modo de excusa.

Llevaba diez días llorando sin parar, odiándolo y amándolo a la vez, deseando, por una parte poder escupirle a la cara y, por otra, dejarse caer en sus brazos y pedirle que le devolviera la vida que tenía antes de saber nada de su libro.

–Vamos a dar una vuelta –murmuró Fergus llevándola al parque que había enfrente de su casa.

Mientras iban hacia allí, Chloe se preguntó qué habría pensado Hugh McDonald de ella. Bueno, tampoco importaba mucho porque no lo iba a volver a ver…

–Siéntate –le dijo Fergus señalando un banco una vez dentro del parque.

Chloe obedeció encantada porque le temblaban las piernas. No recordaba cuándo había comido por última vez y hacía tiempo que no dormía, así que no era de extrañar que se sintiera tan mal.

¡Qué tranquilidad se respiraba en aquel lugar! Era difícil creer que, mientras los demás seguían con sus vidas normales, su mundo se estuviera resquebrajando.

Fergus estaba sentado a su lado, echado hacia delante y no parecía tranquilo en absoluto. Chloe lo miró con amor.

–No sé qué decir, Chloe.

–No creo que haya mucho que decir.

–Quiero decir que no sé qué decirte… –dijo él mirándola–. Podría decirte muchas cosas, pero… ¡Maldita sea! ¡No puedo!

Chloe suspiró con fuerza.

–No te preocupes, Fergus…

–¡Claro que me preocupo! –contestó él apretando los puños–. Tienes un aspecto lamentable.

–¡Gracias!

–Solo estoy constatando un hecho. ¿No se dan cuenta tus padres de cómo estás?

–Tienen otras cosas en la cabeza.

Su padre estaba muy ocupado dejándolo todo preparado para que David se hiciera cargo de los negocios, vendiendo la casa y preparando la mudanza a Mallorca. Su madre intentaba parecer contenta y ayudarlo.

¡Aquello era como una pesadilla!

–¡Pues no debería ser así! Tú también eres su hija y… ¿De verdad que tu padre va a tirar la toalla y se va a ir a Mallorca? –le preguntó sin poder creérselo.

Chloe asintió.

–Tenemos una casa allí y ha decidido que es un buen momento para jubilarse.

–¡De eso nada! Tiene que luchar, maldita sea.

Chloe lo miró divertida.

–¿Siempre dices tantas veces maldita sea cuando estás enfadado o preocupado?

–Estoy enfadado y preocupado –le corrigió Fergus–. ¡Maldita sea es poco para lo que me gustaría decir!

Chloe no sabía por qué, pero estaba demasiado débil como para

preguntárselo.

–No fue mi intención hacerle daño a nadie, ¿sabes? –añadió mirándose la punta de los zapatos.

Chloe le puso la mano en el brazo y suspiró.

–Era como una bomba de relojería que tenía que estallar –contestó dándole a entender que lo tenía asumido.

El hecho de que sus padres vendieran la casa de Londres, le partía el corazón, pero, tal vez, era inevitable.

–No voy a escribir el libro.

–¿Por qué? –exclamó Chloe con los ojos como platos.

Fergus desvió la mirada.

–Porque… ya no tengo puesto el corazón en él y, como dijiste, hay muchas otras cosas sobre las que puedo escribir. No quiero hacerle daño a nadie.

¿Ahora? ¿Ahora decidía no escribir el libro? ¡Pero si el daño ya estaba hecho!

–Me alegro, Fergus –le dijo apretándole el brazo agradecida–. ¿Te importaría pedirle perdón a tu abuelo de mi parte? ¡Habrá pensado que soy una maleducada!

Fergus intentó sonreír.

–Lo último que me ha dicho ha sido que, si tuviera cuarenta años menos, saldría corriendo detrás de ti.

–¿De verdad? –sonrió Chloe con tristeza. Fergus nunca lo haría…

–Sí –contestó él–. ¿De verdad te vas a París?

–Sí –confirmó Chloe–. Conozco a mucha gente del año que estuve allí y tengo una oferta para hacer una colección para la próxima primavera. Es un buen momento para aceptarla.

No le había resultado fácil tomar la decisión, pero esperaba que, estando sumida en el trabajo, fuera capaz de dejar de pensar en él. ¡Aunque solo fuera unos minutos al día!

–¿Cuánto tiempo vas a estar allí?

No tenía ni idea. Lo único que quería era estar lejos de Inglaterra y de él…

–Puede que para siempre.

–¡Para siempre!

–Como no voy a tener casa aquí, no tendré dónde ir. Vendré de vez en cuando a ver a Penny, a David y a los niños, pero, aparte de

eso, nada me ata a Londres –le explicó. Nada excepto el hombre al que amaba, claro–. Si alguna vez vas a París, llámame –añadió incapaz de imaginar su vida sin volver a verlo–. Mi número estará en la guía.

–¿Como Fox o como Hamilton? –bromeó Fergus haciéndola sonreír.

–Los dos. ¡Estate atento a la firma Foxy porque pretendo convertirla en una de las más importantes del mundo!

–Seguro que lo consigues.

–¡Eso espero! –dijo Chloe levantándose–. Bueno, creo que ya te he entretenido bastante. Tu abuelo te estará esperando para comer.

Fergus se levantó más lentamente.

–No me puedo creer que tu padre se vaya a rendir de esta manera…

–¡No se está rindiendo! –protestó Chloe enfadada–. ¡Le han puesto una pistola en la cabeza y está intentando apartarse para que no se la vuelen!

–¿Te refieres a mí?

–¡Por supuesto! –exclamó Chloe con impaciencia–. ¿A quién me iba a referir si no?

–¡Pero si no voy a escribir el libro!

–De momento –apuntó ella mirándolo a los ojos.

–¡Nunca!

Chloe se encogió de hombros.

–Díselo a mi padre, pero no creo que lo hagas cambiar de parecer. Está muy decidido.

–Voy a hablar con él –dijo Fergus apretando los dientes.

–Demasiado tarde, Fergus.

–Eso ya lo veremos…

–Déjalo estar –le aconsejó poniéndole una mano en el brazo–. Antes de que alguien más salga perjudicado.

Fergus la miró y apartó la mirada.

–Si alguna vez voy a París… te llamaré.

Chloe lo miró durante varios minutos. Aquel era un adiós definitivo. ¡Después de haberle dicho tantas veces que no quería volver a verlo, ahora era él quién la despedía!

–Muy bien –dijo alejándose lentamente con el corazón hecho trizas.

Capítulo 13

Bueno, muchachito, parece que te has metido en una buena –le dijo su abuelo después de comer. Más bien, después de comer él porque Fergus no había probado bocado.

–Sí…

Fergus había vuelto a casa por consideración hacia su abuelo, a quien le había contado toda la historia en el transcurso de la comida.

–¿Y Chloe no tiene ni idea de la verdad?

–No. ¡Y no me digas que se la cuente porque no puedo! Le prometí a Paul Hamilton que el secreto no saldría de las cuatro paredes de su despacho.

–A mí me lo acabas de contar.

–Bajo secreto de confesión –apuntó Fergus sabiendo que su abuelo era como una tumba.

–Sé que os he educado a los tres para ser McDonalds, hombres de honor, pero este no es el momento ni el lugar.

Fergus negó con la cabeza.

–No estoy de acuerdo. Es el lugar y el momento –insistió. Aunque ello supusiera perder a Chloe.

–¿Y qué pasa con Chloe?

–Ya la has oído. Se va a París –contestó Fergus dándole un buen trago al brandy.

–¿Y vas a dejar que lo haga?

–Sí.

Su abuelo suspiró con frustración.

–¡Os he educado para que fuerais hombres de palabra, pero no idiotas!

Fergus sonrió con amargura.

–Chloe no me agradecería que le contara la verdad.

Recordó cuando le dijo «la verdad os hará libres». A él, lo había atado de pies y manos.

–¿No crees que debería ser ella la que opinara sobre eso?
–Probablemente, pero no tengo derecho a…
–Tienes todo el derecho del mundo –lo interrumpió Hugh.
Fergus lo miró con las cejas enarcadas.
–¿Y eso por qué?
–¡Porque la quieres!
Fergus miró a su abuelo atónito.
¿La quería?
El dolor que tenía en el pecho y el enorme vacío que sentía desde que le había dicho que se iba parecían decir que sí…
Se levantó bruscamente y fue hacia la ventana.
Quería a Chloe…
¿Quería a Chloe?
¡Quería a Chloe!
¿Hacía cuánto? No lo sabía, pero la quería. Estaba enamorado de ella, amaba todo en ella, desde la cabeza a los pies. ¡Incluso amaba su genio!
Y, sobre todo, amaba la lealtad que había demostrado hacia su padre en todo momento. Lo había defendido siempre y lo seguía haciendo ahora que incluso Paul Hamilton había elegido no defenderse.
¡Lo que daría porque a él lo quisiera igual!
–¿Y bien, Fergus?
–¿Qué? –dijo girándose hacia su abuelo–. Esto no es un cuento, abuelo, sino la vida real y en la vida real el príncipe no siempre consigue a la princesa.
–¡Desde luego, si es un cabeza de chorlito, no! –exclamó Hugh levantándose–. Ya veo que no hay quién te haga entrar en razón, así que… Me voy a ver a Logan y a Darcy, que ya han vuelto de la luna de miel.
Fergus le agradeció que lo dejara solo. Necesitaba tiempo para asimilar que estaba enamorado de Chloe.
Nunca había pensado que se podría enamorar. No era que se lo negara a sí mismo. Simplemente, no se le había pasado por la cabeza. Solo había tenido relaciones cortas y exentas de amor. Por eso, creía que enamorarse no formaría parte de su vida.
Sin embargo, ahora, sí. Estaba enamorado de Chloe Fox-Hamilton. ¡No podía haber elegido a otra, no! ¡Tenía que ser,

precisamente, la mujer que más lo debía de odiar en el mundo!

No debía hacerse ilusiones. Sabía que, no había sido él quien le había puesto una pistola a Paul en la cabeza, sí había sido el detonante de lo que había ocurrido en las últimas tres semanas.

Sabía que Chloe nunca se lo perdonaría…

¿Quizás con el tiempo?

No. El tiempo no iba a borrar el hecho de qué él había contribuido a destrozarle la vida a su padre y a ella.

¿Y qué iba a ser de la suya? ¿Qué iba a ser de él ahora que sabía que estaba enamorado de ella y que nunca sería suya?

Tenía que intentar hablar con Paul Hamilton por última vez. Tenía que convencerlo para que luchara.

¡Tenía que hacerlo porque no podía vivir sabiendo que amaba a Chloe y sin podérselo decir!

Llamó inmediatamente a su casa y habló con Diana. En aquel momento, llegaba Paul de una reunión de negocios y lo invitó a cenar con ellos aquella noche.

Fergus se quedó atónito. No había terminado mal con el padre de Chloe, pero nunca hubiera creído que lo iba a invitar a cenar.

–Es una cena de despedida –le aclaró Diana–. Una de las muchas que estamos dando para despedirnos de la familia y de los amigos–. Paul y yo nos vamos a vivir a Mallorca el mes que viene.

Fergus no le dijo que ya lo sabía. Desde luego, aquella cena no era lo que tenía en mente para hablar con Paul Hamilton, pero podría ver a Chloe de nuevo. Tal vez, viendo que sus padres lo invitaban a cenar, dejaría de verlo como a un monstruo…

–Iré encantado, gracias –contestó.

–Muy bien, quedamos a las ocho u ocho y media, entonces –le comunicó Diana amablemente antes de colgar.

Fergus colgó y se preguntó si había hecho bien. ¿Cómo reaccionaría Chloe al verlo invitado en su casa?

Se habían despedido y no había ninguna razón por la que Chloe quisiera volver a verlo, ni en su casa ni en ningún otro sitio.

Bueno, tal vez, se estaba preocupando por nada.

¡Tal vez, Chloe ni siquiera estuviera allí para cenar!

A Chloe no le apetecía nada la cena de aquella noche. Sabía que

sus padres querían despedirse de sus amigos, pero le parecía que habría sido mejor dar una gran fiesta en lugar de varias cenitas.

Obviamente, sus padres no pensaban lo mismo. Debían de haber pensado que les resultaría más fácil hacerlo poco a poco. Chloe estaba decidida a apoyarlos en todo. Por eso, aunque no estaba animada en absoluto, iba a ir a la cena de aquella noche.

Cuando bajó al salón poco antes de las ocho, Penny y David ya estaban allí. Penny estaba pálida, pero tan decidida como su hermana pequeña en hacer que aquel amargo trago fuera lo mejor posible para sus padres.

Chloe se sorprendió bastante cuando, poco después de las ocho, aparecieron los primeros invitados. ¡Peter y Jean Ambrose! Sabía que iban a cenar ocho personas en total, pero no sabía quiénes eran.

Aquella cena iba a ser peor de lo que se imaginaba. Su padre todavía no había informado al jefe de la oposición de que dejaba la política e Inglaterra. Obviamente, se lo iba a decir aquella noche.

Chloe miró a su hermana mientras sus padres saludaban al otro matrimonio y Penny le hizo una mueca de sorpresa.

–El señor McCloud –anunció el mayordomo unos minutos después.

Chloe ahogó un grito de sorpresa y agarró el vaso de agua con fuerza. Se quedó pálida al verlo entrar. Era el Fergus que había conocido la primera noche. Tan seguro de sí mismo que exudaba arrogancia, alto y guapo vestido de gala.

¿Qué estaba haciendo allí? No le había dicho cuando se habían visto a la hora de comer que fuera a cenar en su casa.

–Y el señor McDonald –añadió el mayordomo.

Chloe miró hacia la puerta y vio aparecer a su abuelo, distinguido y elegante.

¿Fergus y su abuelo?

¡Chloe miró a Fergus con ojos acusadores y vio que él tampoco sabía que su abuelo iba a estar allí!

¡No parecía muy contento!

Chloe fue hacia ellos. Ya habían saludado a sus padres y estaban manteniendo una acalorada conversación en voz baja.

–… a Logan y a Darcy. No sé qué te propones, abuelo, pero espero que no tenga nada que ver con la conversación que hemos tenido esta tarde.

A Hugh McDonald le entró por un oído y le salió por el otro la advertencia de su nieto. Se giró y sonrió a Chloe.

–Permíteme que te diga, querida, que estás arrebatadora –le dijo–. Ya te dije que conocía a tu padre.

–Sí –contestó ella–. Gracias por el cumplido–. Usted también está estupendo.

¿Qué demonios estaban haciendo allí Fergus y su abuelo? Sí, era cierto que Hugh McDonald había dejado caer que conocía a su padre, pero, ¿de qué? ¡Y Fergus! Hubiera jurado que era la última persona sobre la faz de la tierra a la que quería ver su padre.

–Los McDonald siempre hemos envejecido bien –sonrió Hugh mirando a Fergus.

Fergus estaba muy serio y ni la había mirado.

–Sí, pero Fergus es un McCloud –apuntó Chloe mirándolo desafiante.

Por fin, la miró.

–No digas eso. Mi abuelo te va a decir rápidamente que solo de nombre.

A pesar de que acababan de discutir, era obvio que se querían con locura. Parecían padre e hijo.

–Venga a conocer a mi hermana y a su marido –sugirió Chloe agarrando al Hugh del brazo–. Tú, también, Fergus… Si quieres.

–Ya los conozco, gracias. Voy a ir a ver a Peter Ambrose –contestó girándose y yendo hacia el jefe de la oposición y su mujer.

Hugh McDonald chasqueó la lengua.

–Perdónalo. Me temo que nunca se le ha dado bien compartir con los demás lo que lo preocupa –le dijo en tono enigmático.

Chloe no tenía ni idea de a lo que se refería Hugh, pero lo que estaba claro era que Fergus se estaba comportando más groseramente que de costumbre. ¡Qué ya era decir!

Tras presentarle a su hermana y a su cuñado, Chloe se sintió más que aliviada cuando David tomó el liderazgo de la conversación con Hugh. Así, ella pudo dedicarse a observar a Fergus, que estaba charlando tranquilamente con los Ambrose y sus padres.

Era imposible entender a aquel hombre… Y nunca llegaría a entenderlo porque se iba a París y quién sabía lo que sería de él, dónde acabaría o con quién…

De repente, se dio cuenta de que su abuelo la estaba mirando

con una ceja enarcada mientras hablaba con David.

Chloe sintió que se ponía como un tomate y desvió la mirada.

Y la cena no fue mucho mejor. ¡Por razones que solo su madre sabría, la había sentado entre Fergus y su abuelo! Hugh McDonald estuvo encantador, pero Fergus apenas le dirigió la palabra.

De no ser por el escocés, que hablaba animadamente, todos los demás comensales parecían tan poco animados como ella.

–¿Qué cree que pasará en las próximas elecciones generales? –le preguntó a Peter Ambrose.

–He… –Peter se interrumpió para mirar a Penny, a la que se le acababa de caer el cuchillo al suelo.

–Perdón –se disculpó. Chloe se dio cuenta de que su hermana también sabía que su padre todavía no le había dicho a Peter que se retiraba de las listas.

–¿Sí? –insistió Hugh.

–¿Desde cuándo te interesa la política inglesa? –intervino Fergus mirando a su abuelo con dureza.

Hugh sonrió encantado.

–¡Desde que nos dejaron solos para que gobernáramos nuestro país! –contestó con ambigüedad.

–Escocés hasta la médula, ¿eh? –rio Peter.

–Sí, es una tierra preciosa –contestó Hugh–. Entonces, ¿qué va a pasar en las próximas elecciones?

–Que vamos a ganar, por supuesto.

–Por supuesto. ¿Y qué puesto va a ocupar nuestro amigo en su próximo gobierno? –continuó Hugh mirando al padre de Chloe con admiración.

Peter Ambrose se quedó estupefacto.

Chloe se quedó mirando al abuelo de Fergus. Muy poca gente sabía que su padre tenía intención de volver a la política. ¡Y todavía menos que había cambiado de opinión! ¿Lo sabía todo? Desde luego, estaba claro quién se lo había contado.

Chloe lo miró con dureza y Fergus se encogió de hombros. Estaba claro que su abuelo había pillado carrerilla y no estaba dispuesto a dejar la conversación. Por muy explosiva que resultara.

–Haz algo –le dijo enfadada en voz baja.

–¿Qué? ¿Atarlo y amordazarlo?

–Con amordazarlo sería suficiente.

–No…

–¿Qué estáis cuchicheando tortolitos? –preguntó Hugh en tono de broma.

–De tortolitos, nada, abuelo. ¿No será que nos parece que es de mal gusto hablar de política en la mesa?

Chloe ahogó un grito. ¡Por intentar que su abuelo no siguiera con aquella conversación, Fergus acababa de insultar al resto de los invitados!

–No creo que Chloe opine eso –contestó su abuelo–. Estoy seguro de que está tan contenta como todos los demás de ver a su padre volver al sitio que le corresponde en el mundo político.

–¿Ves, Paul? Ya te dije que no tenías que preocuparte por lo que la gente dijera de tu vuelta –sonrió Peter Ambrose–. La gente no tiene tanta memoria.

–Sí, sí la tiene –contestó el padre de Chloe–. Por eso… –añadió levantándose.

–¡No, papá! ¡No puedo dejar que lo hagas!

Chloe miró atónita a su hermana. Penny llevaba toda la noche con mala cara, pero ahora estaba pálida y llorosa.

–No he dicho nada hasta ahora, papá –dijo levantándose–. He intentado respetar la decisión que tomaste hace ocho años, pero no puedo permitir que hagas más sacrificios por mí.

Su madre alargó una mano para tocarla.

–Penny, cariño…

–Ni tú tampoco, mamá –añadió negando con la cabeza–. Ni Chloe –concluyó enigmáticamente mirándolos a todos–. Ya va siendo hora de que se sepa la verdad, ¿no? –dijo mirando a David.

Chloe no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. Miró a sus padres, a los Ambrose, a Hugh y a Fergus y se dio cuenta de que todos lo sabían menos ella.

¡Y se dio cuenta de que Fergus le había agarrado la mano con fuerza!

Capítulo 14

Chloe intentó apartar la mano, pero Fergus se lo impidió.

Aquella situación había surgido tan de repente que se había descontrolado. No podía hacer mucho por Chloe, solo estar allí, con ella. Aunque ella no quisiera.

–¿David? –insistió Penny mirando a su marido con ternura y resignación.

Fergus habría deseado que las cosas no hubieran llegado hasta ahí. Miró a su abuelo con dureza porque sabía que lo había provocado adrede. Siempre lo había querido y admirado, pero en aquellos momento podría haberlo estrangulado.

Paul Hamilton se levantó.

–No quiero que lo hagas, Penny –dijo yendo hacia su hija–. No es necesario –añadió abrazándola.

Penny miró a su padre inflexible.

–David y yo lo hemos hablado antes de venir y hemos decidido aclarar las cosas. Como todas las personas relevantes en esta situación están aquí esta noche… –explicó mirando a los demás.

–No creo que mi abuelo y yo estemos dentro de ese grupo –intervino Fergus.

Chloe todavía no había reaccionado y en pocos instantes no iba a poder hacerlo. En cuanto oyera la verdad se iba a quedar estupefacta.

Penny sonrió.

–Yo creo que sí, Fergus –le dijo–. Tu abuelo vino a verme esta tarde y me hizo comprender que esta locura tenía que terminar, que no podía hacer como si jamás hubiera ocurrido lo que sí ocurrió –añadió con la voz quebrada.

–¡Penny…! –dijo David levantándose inmediatamente y agarrando a su mujer de la mano–. No te hagas esto. La culpa fue mía…

–No –insistió Penny–. Si yo no hubiera tenido una aventura…

–Tu marido tiene razón, Penny –intervino el abuelo de Fergus amablemente–. No hace falta que sigas. Todos menos Chloe, sabemos lo que ocurrió hace ocho años. No sigas haciéndote sangre. Los problemas en vuestro matrimonio acabaron con la carrera política de tu padre hace ocho años, pero ahora no tiene por qué volver a ocurrir.

Fergus sentía la mano de Chloe con fuerza. Ni ella misma se estaba dando cuenta de la fuerza con la que le estaba apretando. Por fin, sabía la verdad.

¡David Latham, el marido de Penny, su cuñado, era el amante de Susan Stirling!

Diez días atrás, cuando David había ido a verlo y se lo había contado todo, Fergus se había quedado de piedra. Además, le había dicho que pensaba contárselo a la prensa para limpiar el nombre de su suegro.

¡La bola de nieve bajaba ladera abajo sin control!

Ocho años atrás, al enterarse de lo que había pasado, Paul habló con Peter Ambrose y decidió echarse las culpas de lo ocurrido para ahorrarle más sufrimientos a su hija.

En aquellos momentos, David y Penny no pasaban por una buena racha. Penny le contó a su marido que había tenido una breve aventura con un hombre y él, despechado, se buscó a otra mujer. Por desgracia, Susan se enamoró perdidamente de él. David la dejó, pero ella estaba obsesionada. Lo seguía, lo llamaba a todas horas y le amenazó con contárselo todo a Penny.

Para entonces, David y Penny ya se habían reconciliado y estaban esperando a su segundo hijo. David le había dejado muy claro a Susan que lo suyo se había acabado, que no pensaba dejar jamás a Penny porque la quería. Entonces, Susan le dijo que estaba embarazada.

–¡Y tú lo sabías todo! –le espetó Chloe a Fergus.

Fergus tragó saliva. Estaba furiosa y tenía motivos, pero, ¿qué podía haber hecho él?

El día que Chloe fue a verlo, salió corriendo a hablar con Paul para contarle que su yerno quería contárselo todo a la prensa. Lo había evitado a cambio de su silencio. No se lo podía contar a nadie. Ni siquiera a Chloe.

–Sí –admitió.

–¡Lo has sabido todo el tiempo…!

Bueno, hacía diez días. Una eternidad, la verdad.

–Tu padre actuó de buena voluntad hace ocho años, lo hizo para proteger a su hija, a su marido y a sus hijos. ¿Quién soy yo para contártelo?

Chloe retiró la mano de entre las suyas y se levantó.

–Deberías habérmelo dicho, Pen –dijo con dulzura yendo hacia su hermana–. No soy una niña.

–Entonces, sí lo eras –contestó Penny–. Además, después de todo lo que ha hecho por nosotros, tenía que respetar la decisión de papá –añadió mirando con amor al hombre que tanto se había sacrificado por ella.

–Volvería a hacerlo –dijo Paul.

–¿No te das cuenta de que no hace falta que nadie se sacrifique? –intervino Hugh con impaciencia–. La verdad de lo que pasó hace ocho años, solo os interesa a seis personas. Cinco de vosotros sabéis la verdad desde el principio. No influye para nada en tu decisión de volver a la política. Lo que te intento decir es que, como Fergus no va a escribir el libro que volvería a destapar el escándalo, no hay nada que te impida presentarte por tu partido en las próximas elecciones. Es como si nada hubiera cambiado desde que tomaste la decisión hace unos meses –le explicó mirando triunfante a Paul.

Fergus no estaba muy de acuerdo con la última parte. Antes, Chloe lo detestaba. Ahora, lo odiaba a muerte.

–Peter siempre ha sabido la verdad y te quiere entre sus filas. Tu mujer, tu hija mayor y su marido siempre han sabido la verdad también. Solo Chloe va a tener que asumirlo, ¿verdad, preciosa? –concluyó Hugh mirándola.

Fergus también la miró. Nunca la había visto tan pálida. Sus ojos eran todo dolor.

¿Asumirlo? ¡Pero si no podía ni pensar! Era como si le hubieran golpeado en la cabeza con un bate.

Siempre había sabido que su padre era inocente, pero nunca se le había ocurrido que David pudiera ser el amante de Susan Stirling…

Era cierto que, a veces, había problemas en los matrimonio y las

cosas se torcían, pero estaba segura de que su hermana y David eran plenamente felices ahora y eso era lo que importaba.

Además, el abuelo de Fergus tenía razón.

–El señor McDonald está en lo cierto, papá –dijo.

–Hugh –dijo el escocés amablemente.

Chloe le sonrió agradecida.

–Hugh tiene razón, papá –corrigió–. No hay ningún motivo para que te vayas a Mallorca y, desde luego, menos para que le digas a Peter que has cambiado de opinión y que no te vas a presentar al Parlamento…

–Desde luego que no –intervino Peter–. Y, como se le ocurra hacerlo, no pienso tomárselo en serio. Te necesito, Paul.

Su padre estaba encantado.

–No quiero ser una carga…

–No lo vas a ser –le aseguró Peter–. Hugh tiene razón. Por supuesto que sé qué puesto quiero que ocupes en mi gobierno. Que sepas que te va a tocar cambiar de domicilio –añadió con énfasis.

–Bueno, ahora que está todo solucionado, ha llegado el momento de que Fergus y Chloe…

–Abuelo, por favor –lo interrumpió el aludido–, ¿no crees que ya has interferido suficiente por hoy?

–En absoluto –contestó Hugh–. Para que lo sepas, lo he hecho por tu bien.

Chloe los escuchaba sin enterarse de nada.

–¿Por qué no me lo has consultado?

–Bueno, es que quiero conocer a mis bisnietos antes de morirme –contestó Hugh enigmático.

Chloe estaba tan sorprendida por cómo se había desarrollado la velada que no se podía concentrar en la conversación que estaba teniendo lugar entre Fergus y su abuelo.

El secreto de David no había salido a la luz en ocho años y así debía seguir. No había motivo para contárselo a la prensa. Y su padre debía volver a la política.

Ella se tenía que ir a París…

–Abuelo, eres un viejo…

–A ver, muchachito, que no estamos solos –le recordó Hugh–. Si no se lo dices tú, se lo digo yo. Paul, ¿hay un jardín donde Fergus y Chloe puedan hablar?

Su padre parecía tan sorprendido como ella. ¡Claro que tenían jardín, pero Fergus y ella no tenían nada que decirse!

–Claro que sí –contestó su madre–. Penny, acompaña a Fergus y a tu hermana –añadió con una firmeza inusual en ella.

Chloe se dijo que había sido, precisamente, por cómo lo había dicho su madre por lo que había seguido a Penny y a Fergus hasta el jardín.

–Perdona por haberos puesto las cosas tan difíciles a Fergus y a ti –se disculpó su hermana abrazándola–. No tenía ni idea de que lo vuestro fuera tan serio hasta que me lo dijo Hugh… Mamá y papá, tampoco. Si no, papá no habría dejado que la situación llegara tan lejos. Hugh se lo contó esta tarde. Te quiere exactamente igual que a mí –le aseguró antes de volver con los demás.

Chloe se encontró allí con Fergus sin saber muy bien qué hacer. ¡Estaba tan avergonzada, primero por las palabras de su abuelo y ahora por las de Penny, que no podía ni mirarlo!

–Mi abuelo es un metomentodo, ¿sabes?, pero sabe dónde tiene el corazón. El mío te pertenece a ti, Chloe Fox-Hamilton.

Chloe lo miró con los ojos como platos.

¡Fergus la estaba mirando con tanto amor que le costaba respirar!

–¿Vamos al jardín? –sugirió él.

Chloe obedeció como un robot. ¿Fergus le acababa de decir que su corazón le pertenecía? ¡Fergus la quería!

Le parecía imposible de creer.

–Chloe… –dijo él mirándola bajo la luz de la luna.

–No te he tratado muy bien estas dos últimas semanas –comentó ella.

Fergus se rio.

–No, pero no pierdo las esperanzas.

Chloe tragó saliva.

–¿Es verdad?

–¿Lo de David? Me temo que sí –contestó él con el ceño arrugado–. No lo culpes. Él quiso contar la verdad desde el principio, pero tu padre no se lo permitió. Cuando quiere, tu padre puede ser tan testarudo como tú…

–No, no me refería a eso sino a… Bueno, a… ¿Es verdad que…?

–¿Que te quiero? Sí, te aseguro que es cierto.

Chloe sintió que no podía respirar. Se miraron a los ojos y supo que era verdad.

¿Era posible que, tras aquellas semanas de dolor, todo se fuera a arreglar?

–He hecho todo lo que estaba en mi mano para que no sufrieras –le aseguró Fergus–, pero no lo he conseguido. Aun así, te prometo que es verdad. Créeme, por favor.

Lo creía, no hacía falta que se lo repitiera. El pasado ya no importaba. Solo importaba el futuro. ¿Con Fergus?

–Fergus, te quiero –le dijo.

–¿De verdad? –dijo él estupefacto. Estaba tan sorprendido como ella hacía unos minutos.

Chloe rio encantada.

–Sí.

–¿Lo suficiente como para casarte conmigo?

–Solo si estás seguro de que es lo que quieres –contestó ella. Una cosa era que la quisiera y otra que quisiera casarse con ella…

Fergus la tomó por la cintura.

–Si de verdad me quieres, estoy seguro de que es lo que quiero.

Chloe sintió que el corazón se le salía del pecho.

–Claro que te quiero de verdad.

–Chloe Fox-Hamilton, ¿me harás el honor de convertirte en mi mujer?

Chloe reposó la cabeza sobre su pecho y le contestó mientras escuchaba el latido frenético de su corazón.

–Me encantaría.

Fergus la levantó por los aires, la tomó en sus brazos, la sentó en el banco más cercano y la besó con pasión.

Todo el dolor y la pena se disiparon con sus besos.

–No me puedo creer que vayas a ser mi mujer –le dijo acariciándole la mejilla con ternura.

Chloe sonrió tímidamente.

–¡Sobre todo porque, hace unas semanas, era lo último que querías!

Había ocurrido tan rápido que aquel amor los había pillado a ambos por sorpresa. Aunque sabía hacía pocos minutos que la quería, Chloe deseó pasar toda su vida con él. Ojalá Fergus pensara lo mismo…

Fergus la abrazó con fuerza.

–Para ser sinceros, creo que he querido casarme contigo desde que me desperté aquel domingo por la mañana y te vi a mi lado –confesó–. No me he casado porque hasta ahora no había conocido a la mujer de mi vida.

–Oh, Fergus… ¡Eso es exactamente lo que estaba suspirando por oír!

–Te quiero mucho, Chloe. Te lo pienso repetir todos los días de nuestras vidas –le prometió.

Chloe se sentía la persona más feliz del mundo.

–¿Cuándo nos mudamos a París exactamente?

–¿Nos?

–¡No creerás que te vas a ir sin mí! Los parisinos son muy peligrosos con las mujeres. No, de eso nada. Además, como soy escritor, puedo trabajar en cualquier sitio y París me parece un buen lugar.

Chloe no se podía creer que estuviera dispuesto a hacer aquello por ella.

–Solo serán unos meses…

–Una luna de miel de varios meses –asintió Fergus satisfecho–. ¿Te das cuenta de que, después de todas sus maquinaciones, vamos a tener que ponerle a nuestro primer hijo el nombre de mi abuelo? Hugh McCloud –bromeó Fergus.

–Espero que sea niña –rio Chloe.

Fergus se puso serio de repente.

–Cásate conmigo pronto. Muy pronto.

–Sí, por favor –aceptó ella en éxtasis.

Fergus sonrió.

–¿Entramos y les sacamos de dudas?

–Sí, vamos a darles una buena noticia después de tantos días de sufrimiento.

–¡Vamos allá, entonces! –exclamó Fergus levantándose y agarrándola de la mano–. ¡Vamos a brindar con champán y a invitar a todos a la boda! –añadió feliz.

Tan feliz como Chloe.

Capítulo 15

Oh, Fergus, ¿no es maravilloso? –dijo Chloe–. Estoy tan contenta que tengo ganas de llorar.

–Son las hormonas, cariño –contestó él. El hecho de que Chloe estuviera embarazada de dos meses los tenía emocionados, pero, además, aquel día era muy importante para todos.

Sobre todo, para el padre de Chloe. Su partido había ganado las elecciones y Peter lo había nombrado ministro de economía.

Había una gran fiesta en casa de sus padres y todo iba maravillosamente. Chloe y él se habían casado hacia seis meses y hacía solo uno que habían vuelto de París, donde su mujer había alcanzado un éxito impresionante. ¡Aquellos habían sido los mejores seis meses de su vida! Aquella mañana les habían confirmado el embarazo. La guinda para el pastel.

–Te quiero, Chloe.

–Yo, también.

Fergus sabía que aquello era lo único que le importaba en el mundo.

–¿Cuándo se lo vamos a decir a los demás? –preguntó Chloe.

–Cuando quieras –contestó Fergus–. ¡Por mí, lo gritaría a los cuatro vientos!

Ella, también. Todavía no se podía creer que aquel hombre tan maravilloso estuviera tan enamorado de ella como ella de él.

–Menos mal que no tendremos que ponerle Hugh –rio mirando a Logan, Darcy y al recién nacido Daniel Hugh.

–Puede que sea niña –bromeó Fergus.

–Pobre Brice –murmuró Chloe mirando al primo de su marido, que estaba solo mirando por la ventana–. Necesita a alguien para compartir su vida.

–¿Tú crees? Ya es mayorcito. Sabe sacarse las castañas del fuego.

–Ya, pero, tal vez, no se ha dado cuenta de que necesita a alguien.

Fergus la abrazó.

–¡Bueno, no sé si Brice lo sabrá o no, pero lo que yo sí sé es que quiero irme a casa cuanto antes porque quiero hacerle el amor a mi mujer!

Chloe se miró en sus ojos color chocolate y supo que siempre sentirían el mismo deseo porque Fergus y ella tenían un amor que iba a durar para siempre…

* * *

Podrás conocer la historia de Brice McAllister en el Bianca del próximo mes titulado:
UN CORAZÓN ACOSADO